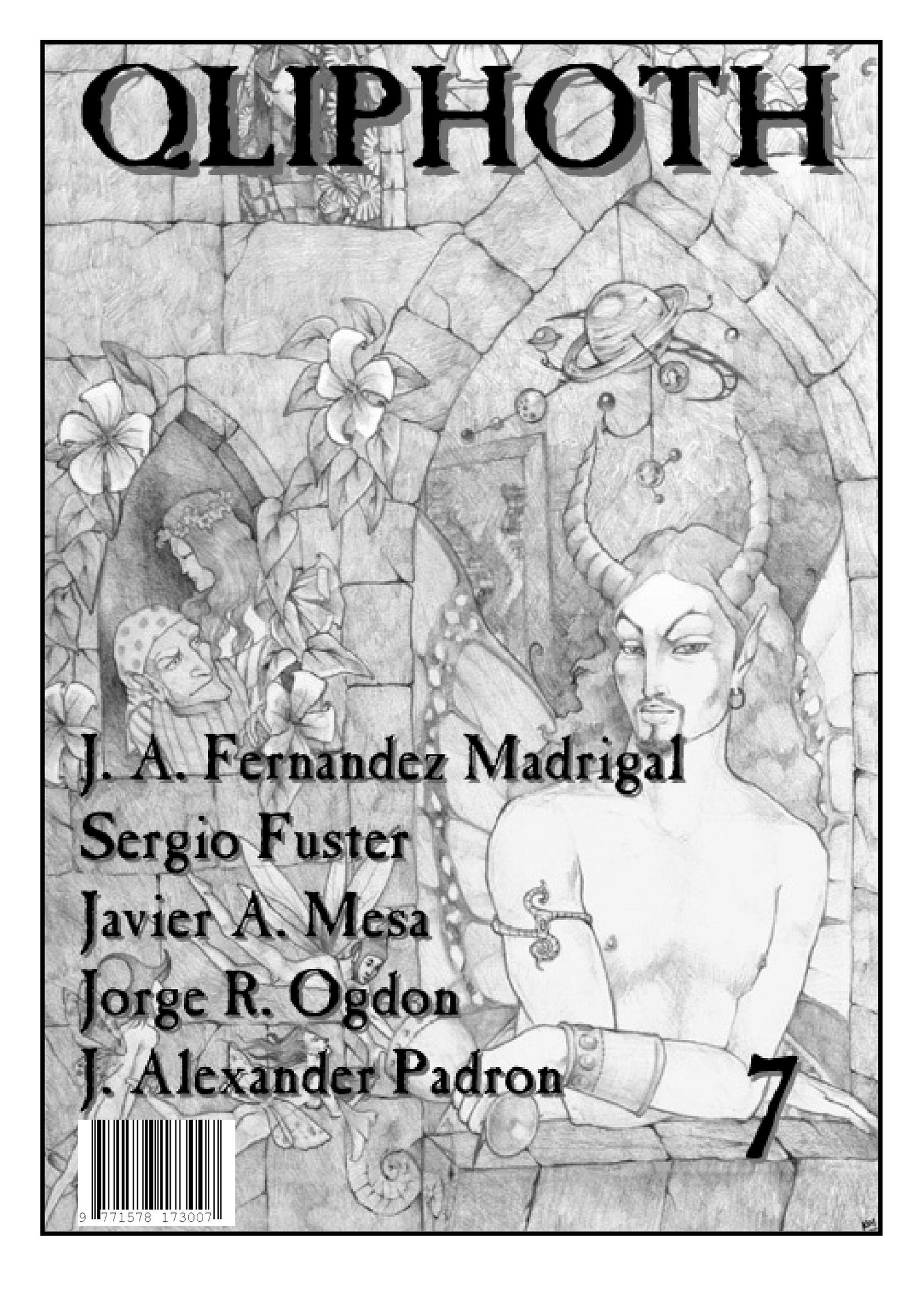


QLIPHOTH



J. A. Fernandez Madrigal

Sergio Fuster

Javier A. Mesa

Jorge R. Ogdon

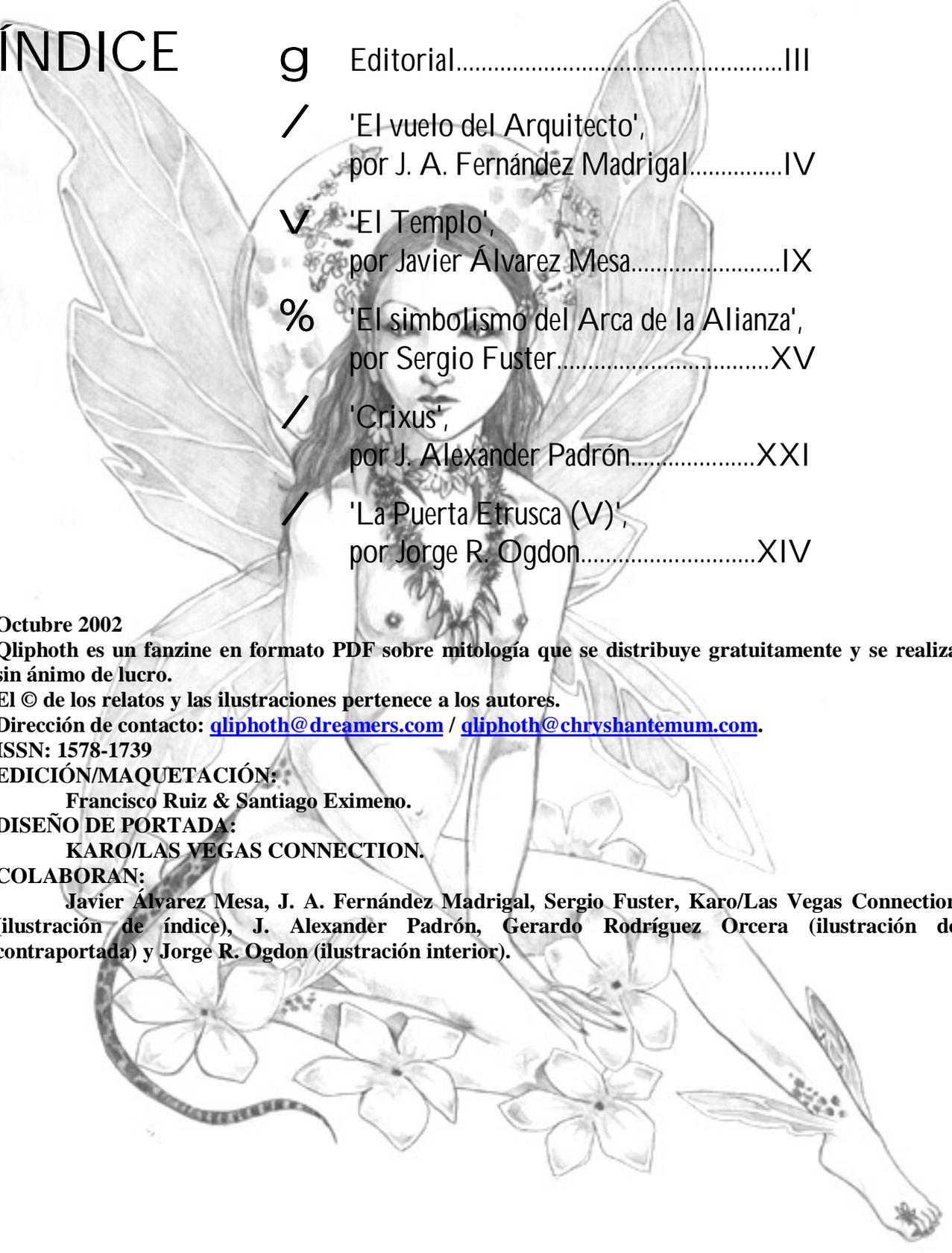
J. Alexander Padron

7



9 771578 173007

ÍNDICE



g	Editorial.....	III
/	'El vuelo del Arquitecto', por J. A. Fernández Madrigal.....	IV
v	'El Templo', por Javier Álvarez Mesa.....	IX
%	'El simbolismo del Arca de la Alianza', por Sergio Fuster.....	XV
/	'Crixus', por J. Alexander Padrón.....	XXI
/	'La Puerta Etrusca (V)', por Jorge R. Ogdon.....	XIV

Octubre 2002

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: qliphoth@dreamers.com / qliphoth@chryshantemum.com.

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

KARO/LAS VEGAS CONNECTION.

COLABORAN:

Javier Álvarez Mesa, J. A. Fernández Madrigal, Sergio Fuster, Karo/Las Vegas Connection (ilustración de índice), J. Alexander Padrón, Gerardo Rodríguez Orcera (ilustración de contraportada) y Jorge R. Ogdon (ilustración interior).

EDITORIAL

De la muerte

Los mitos, como fenómeno sociológico, surgen en un primer momento de la necesidad de racionalizar un mundo extraño y, en muchos casos, inhóspito. El hombre, desde el instante de su nacimiento, se ve arrojado a un medio que no comprende, lo que le provoca inquietud, miedo. Como respuesta defensiva, la figura del mito permite racionalizar -eso sí, interpretemos el término 'racionalizar' en su justa medida: adaptar al miedo- el mundo, bien encauzando el temor a una esperanza, bien dotándolo de atributos más agradables.

Las diferentes culturas a lo largo y ancho del globo han tratado de afrontar este reto de las más diversas formas. Tenemos desde los en principio sencillos animistas hasta los complejos panteones dinásticos, pasando por los misterios místicos. La complejidad del fenómeno mitológico es en extremo rica y colorida. La variedad es una de sus cualidades más atrayentes.

Sin embargo, los contactos entre las culturas han acarreado cierto solapamiento y bastardización, ya sea a través de mitos creados a partir de acontecimientos históricos (Atlántida y catástrofe de Thera), ya a partir de contacto directo entre dichas culturas (dios sacrificado, muerto y resucitado, como Marduk y Jesucristo). Así nos encontramos ante un complejo entramado mitológico, con un fuerte componente de retroalimentación.

El fenómeno ante el que más interés han demostrado, en general, las religiones y los mitos, no es otro que el final de la vida. La muerte, como desenlace ineludible del proceso vital, ha sido tratado desde los más diversos enfoques. Algunas la afrontan como un simple paso hacia otra vida, prácticamente igual a la terrena (egipcios, culturas prehistóricas). Otras como la entrada a una realidad superior, ya sea benigna o pérfida (mito judeocristiano). El fenómeno cambia de enfoque con otras religiones, como en algunas ramas del budismo: en ellas la muerte es una especie de examen en el que se evalúa la vida; tras dicho examen se regresa a la Tierra con una carga o beneficio en función de la valoración obtenida.

Lo que tratan de conseguir todos esos mitos es, en definitiva, concienciar al hombre de que la muerte es algo que no ha de ser traumático. En general, la muerte es un paso más allá, hacia algo diferente o no. Pero es un fin objetivo e ineludible de la vida del individuo. La extinción del yo, la ruptura de un vínculo entre la persona y su mundo y semejantes. Ante el temor que esto implica, el mito intenta apaciguar al fiel. La muerte es el temor definitivo, el culmen de la aniquilación. La única manera, a día de hoy, de afrontarla corre de la mano del mito, de la fe.

La muerte ha generado movimientos históricos, fobias comunales. Un ejemplo claro de ello es el temor al enterramiento prematuro que se generó de finales del siglo XVIII a inicios del siglo XX en centroeuropa y, en menor medida, en América e Inglaterra. En una época en la que la ciencia se estaba desembarazando del fenómeno del oscurantismo, la muerte conjuró toda una serie de historias tétricas que enfervorizaron a la vez que atemorizaron a la población. Ante este fenómeno, el mito social establecido en esas regiones (por mayoría el judeocristiano) se tuvo que enfrentar a una situación novedosa: se veía incapaz de calmar a sus fieles.

Este no es sino uno de los muchos ejemplos en los que el mito creado para explicar un fenómeno queda impotente ante su dimensión real.

En el fondo, el miedo subyacente en toda mitología acaba por devorarla.

Los Editores.

El vuelo del arquitecto

Por J. A. Fernández Madrigal

El anciano detiene por un momento la mano con la que sostiene el pesado martillo y aparta la mirada de la piedra que debe tallar. Gira el torso con cuidado. El tablón sobre el que se apoya está a su vez sostenido a varios metros del suelo por cuatro cuerdas que aumentan sus movimientos hasta causarle una ligera sensación de vértigo.

Las puertas de bronce del templo brillan rojizas bajo él, enmarcadas por sendas estatuas de Apolo de una gracia un tanto afeminada. El sol golpea la blanca ciudad de Cumas más allá, a los pies del monte. El reflejo en las paredes encaladas le hace encoger los párpados. Los ojos se le irritan y dejan escapar algunas lágrimas.

Vuelve la mirada a la pared. Como todos los días, aún no ha empezado a tallar. Dos grandes alas se desvanecen en su imaginación. El dolor vuelve. Intenta apartarlo golpeando con fuerza el abollado cincel de hierro.

Pero los instrumentos le desobedecen y caen de sus manos al suelo.

El anciano suspira. Parece encogerse sobre sí mismo durante unos momentos, pero luego se vuelve y libera el mecanismo del tosco andamio. Desciende lentamente. Las estatuas le observan desde sus flancos. Parecen divertidas.

Se inclina sobre las herramientas y las recoge, haciendo subir

I - BASTARDO

A los nueve meses, a pesar de todo, nació.

Las dos comadronas se arrodillaron ante su señora, en esta ocasión no por respeto a aquella que era su reina, sino por reverencia a la criatura nacida, semidivina. Y a su fisonomía atroz.

El recién nacido era macho. Calificarle de varón hubiera sido inapropiado, ya que si bien su cuerpo desde los pies hasta el cuello era perfectamente humano, su cabeza aún húmeda y sanguinolenta estaba cubierta de pelo negro y recio, era alargada, y mostraba dos inconfundibles nacimientos óseos blanquecinos en la parte superior de la frente. La nariz crecía gruesa hacia adelante, terminando en dos amplios orificios.

Era una perfecta cabeza de toro.

Mientras Parsifae, la reina, gritaba de dolor y repugnancia ante la culminación del hecho que se había negado a sí misma durante todo ese tiempo, Minos, su esposo rey, no podía apartar la mirada del que no era su hijo, del que había nacido de la semilla del animal sagrado y de la de su esposa. Sus ojos oscuros parecían aún más profundos mientras observaban el fruto de la traición de su amada y del voluble y vengativo Poseidón.

Una de las comadronas, la más joven, pareció temblar levemente. Minos las observó, tan incapaz de sentir nada como cuando había visto nacer a su hijo bastardo. Las dos mujeres, a pesar de la rapidez con que habían apartado la mirada, estaban condenadas a muerte. Habían visto el resultado de la traición a un rey, y nadie en Creta podía saber nada de ella.

En algún momento lleno de tensión, el rey se retiró con brusquedad, dejando a su esposa con su hijo. Los dos lloraron, aunque con distintas clases de dolor.

II - ARQUITECTO

–Tu fama es reconocida en todo el mar. Has inventado la escuadra y la plomada. Has construido templos y palacios. Has llegado a la cima en la mitad de tu vida. No quiero a cualquiera para este trabajo, sólo podrá hacerlo el mejor.

El arquitecto aceptó las palabras de Minos con agrado, pero no era estúpido.

–Sin embargo no entiendo el motivo, majestad.

Los ojos de la reina, sentada junto al trono de su esposo, se volvieron hacia él implacables, pero las palabras no salieron de sus labios.

–Necesito una cárcel de la que nadie pueda salir jamás –contestó Minos sin expresar ninguna emoción.

El hombre que había sido convocado ante los reyes se apoyaba en el hombro de su hijo. El viaje hasta Cnosos había sido agotador, y aún no habían podido descansar. Aquel encargo le parecía demasiado extravagante, lo cual le inquietaba respecto a su verdadero propósito.

Intuía demasiadas analogías con los traicioneros reyes del sur. Memphis y Tebas se hacían sentir demasiado cerca. Sin embargo la chispa interior que le había guiado hasta entonces habló por él. Nunca se sintió más víctima del destino que en aquel momento.

–Está bien, señor.

La leve inclinación fue seguida de un leve parpadeo de Minos y una significativa mirada de los negros ojos de Parsifae.

Había demasiadas cosas ocultas tras ambas expresiones.

III - LABERINTO

Las ideas del arquitecto fueron plasmadas en papel y mostradas al rey. Hubo muy pocos cambios que éste quisiera hacer. Estaba satisfecho. No faltarían materiales ni brazos para llevar a cabo el complicado proyecto. Cnosos se convertiría en el foco de atención del limitado mundo de su época.

La gran obra se desarrolló por etapas. Primero, el monte fue rebajado, hundido y limpiado escrupulosamente. Luego se trazaron las líneas de las paredes exteriores e interiores. Éstas últimas se retorcián formando caprichosos dibujos geométricos, interminables pasillos y pequeñas estancias intercaladas sin ningún propósito aparente.

Los muros externos fueron levantados hacia el cielo y el monte reconstruido a su alrededor antes de comenzar los trabajos interiores. Luego las ciclópeas paredes fueron alzándose al unísono, trabajando sobre los muros hasta alturas considerables.

Todo ello duró diez años.

Cuando el interior del laberinto estuvo terminado, fue techado en su perímetro, dejando al descubierto la mayor parte del área central y tan sólo una entrada, mirando al este. Durante el tiempo que esto llevó, Minos no dejaba pasar un sólo día sin contemplar las obras desde su palacio sobre el monte vecino. Parsifae no aparecía en el balcón junto a él. No mostró el más mínimo interés por la monumental construcción, ni mencionó en ningún momento nada relacionado con ella. Se dedicaba a su hijo Androgeo y sus hijas Ariadna y Fedra. Y en secreto, a su hijo el Minotauro, recluido en los sótanos de palacio, que crecía muy rápidamente, se fortalecía sobrepasando todos los límites humanos, y

comenzaba a ser un problema muy difícil de ocultar.

Finalmente, tras años de trabajos intensos, sólo quedó la extraña puerta en uno de los flancos del monte, con columnas de mármol a ambos lados, sin hojas, abierta a una oscuridad impenetrable.

Una noche sin luna, Parsifae paseó en silencio hasta allí, acompañada de su hijo semihumano.

IV - PERDICIÓN

Una noche sin luna, el arquitecto, guiado por los planos que había diseñado y por la débil luz del candil de aceite que le sostenía su hijo, paseaba por la interminable maraña de recovecos que formaban el interior oscuro del laberinto. Se encontraban cerca de la entrada, dispuestos a dar por terminada su pequeña exploración de la maravilla que habían creado. Fue entonces cuando escucharon con claridad los ecos que rebotaron por los muros más cercanos al exterior.

Alguien había entrado en el laberinto.

Sólo ellos poseían la clave, los planos.

Antes de que se dispusieran a seguir las pisadas, éstas cobraron velocidad y se perdieron con rapidez en algún punto hacia el interior. Se habían adentrado en la oscuridad siguiendo un camino distinto al que ellos habían tomado. Padre e hijo se miraron. Estaban desconcertados. Cualquiera que hubiera corrido de esa manera sin los planos había sellado su destino. Se acercaron al final del pasillo y giraron a la izquierda. Allí estaba la puerta de entrada, enmarcando las estrellas colgantes de la noche. Desde allí partían tres caminos alternativos. No podían saber cuál había tomado quienquiera que hubiera decidido enterrarse en vida aquella oscura noche.

–Mira, padre.

El joven estaba agachado bajo el marco de piedra de la puerta. Había dejado los planos a un lado y examinaba algo alargado que resplandecía débilmente en el suelo bajo la luz del candil. Cuando ambos lo tomaron entre sus dedos su desconcierto se transformó en un grave interrogante.

El hilo de seda reflejó la luz amarillenta y brilló fugazmente entre sus dedos y a lo largo de una línea recta que se perdía en el pasillo central.

–Vamos.

Entraron de nuevo, siguiendo con la vacilante llama la línea que vinculaba a su dueño con la

vida. Caminaron largo rato oyendo cada vez más cercanos los pasos. Pronto se percataron de que iban tras dos personas. Una corpulenta, otra de complexión débil. Las persiguieron por multitud de pasillos por un tiempo indefinido. De repente, los pasos se detuvieron a poca distancia delante de ellos. Ambos se apresuraron sin perder de vista el hilo de seda, hasta que doblaron un recodo que desembocaba en una de las pequeñas salas centrales del laberinto. El candil fundió su luz con la de otra fuente igualmente vacilante que se hallaba en la habitación y con la de las estrellas, muy en lo alto. Cuando vieron quién sostenía la otra llama se quedaron asombrados. Cuando vieron delante de quién la sostenía, su estupor se tornó puro terror.

Parsifae se volvió hacia ellos. El oscuro rostro del Minotauro, por el contrario, retrocedió en la penumbra. El brillo rojo de sus ojos quedó flotando en el aire, estudiándoles. Nadie dijo una palabra. Ella les miró durante largo rato, sin mostrar señal alguna de sobresalto. El monstruo respiraba ruidosamente.

Luego, sin previo aviso, la reina murmuró algo al oído de su hijo y salió repentinamente de la sala llevando algo en la mano.

El arquitecto y su hijo estaban paralizados por la terrible visión de aquel ser. El revuelo de las vestiduras blancas de la reina les sacó de su ensimismamiento.

—¡Padre, los planos! ¡Se quedaron en la puerta!

En un acto reflejo sus músculos olvidaron la presencia de la bestia y corrieron buscando el hilo que era su salvación. Desgraciadamente, Parsifae se lo había llevado en su huida. No había más rastro que un montón de confusas huellas de pisadas. Se olvidaron del monstruo y corrieron tras ellas. Corrieron y corrieron. Se olvidaron. Corrieron. Paredes. Suelo polvoriento. Luz haciendo bailar las sombras de las esquinas. Pasillos. Recodos. Estancias. Sombras. Aire denso, seco. Esquinas. Sudor. Respiración. Inquietud. Miedo. Terror. Oscuridad. Desesperación. Perdición.

Necesito una cárcel de la que nadie pueda salir jamás.

V - ETERNIDAD

Con el recorrido celeste del llameante carro de Apolo, pasaban los días.

Cuando la diosa Perséfone, hija de Deméter y

de Zeus, fue secuestrada por el señor de los infiernos, Hades, en el bosquecillo que circundaba las claras aguas de la fuente de Pergo, y su madre se vengó deteniendo la Primavera perpetua que bañaba el mundo y haciendo el Invierno, y por tanto, las estaciones, a partir de entonces, pasaban las estaciones.

Después de que Cronos devorara a sus hijos y fuera derrotado por uno de ellos, Zeus, milagrosamente rescatado de su cruel destino por su madre Rea, y al mismo ritmo que hacía avanzar imparable el tiempo desde su destierro, pasaban los años.

Todos los acontecimientos que habían permitido al hombre medir el tiempo de alguna forma concentraron su esencia alrededor y en el interior de la impresionante construcción, lejos de todos los dioses que los habían creado y lejos de todos los humanos que vivían bajo su designio, en el silencio de la soledad que reinaba en el laberinto y en los corazones de los que lo habitaban.

Periódicamente, coincidiendo con la luna nueva, una víctima inocente era introducida en el laberinto de Cnosos para alimentar al Minotauro. Cuando no había doncellas ni jóvenes dispuestos para el sacrificio, eran sustituidos por gallos o carneros. Posteriormente, tras el impune asesinato del hijo de Minos después de alzarse victorioso en los juegos deportivos de Atenas, naves de negras velas surcaron cada nueve años el mar hacia Creta llevando catorce jóvenes hacia su muerte.

El arquitecto y su hijo sobrevivieron en su creación gracias a algunas de las ofrendas de los cretenses, y tuvieron la suerte de no encontrarse nunca con la bestia que les acompañaba en su terrible soledad. Ellos procuraban permanecer en las zonas cubiertas, pues sabían que así podían estar más cerca de la entrada. Sin embargo, después de años de búsqueda, no consiguieron encontrar el camino hacia ella. Se contentaron con sobrevivir, famélicos como el Minotauro que se mantenía lejos, en el centro, llevando una vida que poco tenía de tal.

Un día, sin ninguna razón especial, el arquitecto comenzó a reunir plumas de las gallinas que comían, y también grasa y pequeños huesos.

Su hijo le observaba sin decir palabra. Hacía mucho tiempo que habían perdido la costumbre de hablar.

VI - LIBERTAD Y MUERTE

—Con estas alas que yo he construido abandonaremos ahora esta isla que la ingratitud de un tirano ha hecho funesta para nosotros; intentaremos atravesar el vasto mar y alcanzar alguna tierra lejana y amiga. Con este artefacto podremos volar, podremos alzarnos por encima de los demás hombres.

Después de tanto tiempo sin hablar, el hijo del arquitecto no encontró nada que decir. Tomó de las manos temblorosas de su padre las plumas engarzadas y las montó a su espalda, tal y como su padre lo hacía. Eran pesadas. Un pájaro se posó sobre los muros, al borde del techo del laberinto, mirándoles con sus ojos negros como la noche. La brisa le acarició el emplumado cuerpo y le hizo levantar el vuelo.

El joven comenzó a agitar las alas, y viendo que su padre se elevaba hacia el azul del cielo, lo hizo aún con más fuerza, impelido por la ilusión perdida largo tiempo atrás y por la juventud estancada. Voló. Se elevó tras su progenitor y dejó abajo la obra que les había costado la libertad una lejana noche de luna nueva. Creyó escuchar un lejano bramido en las estancias centrales del laberinto.

El aire cálido golpeó su piel desnuda. El placer era indescriptible. La isla de Creta quedaba ya muy lejana, empequeñecida por la distancia. El laberinto era un gran rectángulo inscrito en el monte del centro de la isla. Su intrincado trazado era ya indistinguible.

Volvió la mirada hacia su padre. Volaban con energía hacia el oeste, recorriendo con presteza el camino que había de surcar Apolo en su carro a lo largo del día. Agitó con más fuerza las alas. Algunos pájaros se acercaron, jugaron con su larga melena oscura y rizada y con las plumas de sus alas. El mar brillaba mansamente abajo.

Se elevó. Batió con fuerza los brazos apoyándose con habilidad en las corrientes cálidas. La juventud volvía a su cuerpo. La mente se le despejaba. Los deseos, la imaginación, la fuerza para vivir, el alma, le inundaban de nuevo. Todas las sensaciones volvían a sus sentidos y el sol, en lo alto, le revivía.

Se elevó. Sus músculos se tensaban en los brazos y el pecho, y sus piernas actuaban dirigiéndole por el tenue mar azul. Observaba las nubes sobre él, deshilachándose lentamente, dirigiéndose hacia todos los lugares. Blancas.

Se elevó. El calor del sol le acarició más cálido. Los cabellos golpeaban suavemente su espalda. Las nubes le acariciaban el rostro.

Se elevó. Los brazos le ardían placenteramente. El cansancio le invadía sin prisas. Su padre estaba muy abajo. Las nubes blancas comenzaban a envolverle. Una pluma se detuvo en su rostro, acariciándole. Los brazos se agitaron con facilidad. Era tan ligero como el aire.

Su padre le miró desde abajo. Parecía decirle algo.

De repente su mano izquierda golpeó el aire que le sostenía sin encontrar resistencia. Pareció despertar de un plácido sueño cuando vio que el armazón de plumas había desaparecido casi por completo de su brazo, quedando únicamente algunas manchas de grasa derretida por el sol.

Trató de elevarse con el otro brazo, pero las plumas estaban separándose también de éste.

El tiempo transcurrió de repente tan de prisa que no lo sintió pasar. La cara de su padre le miró con terrible angustia mientras caía cerca de él y seguía cayendo más y más, hacia el mar, sobre la superficie límpida, a una velocidad exagerada.

En el último momento, antes de golpear las aguas y morir, creyó sentir que se elevaba de nuevo.

Su padre no pudo dejar de batir las alas, pero tampoco pudo dejar de mirar atrás.

la tabla que le sostiene mediante el mecanismo que él mismo ha inventado. Cuando llega arriba de nuevo se siente perdido. Durante unos instantes olvida qué está haciendo allí. Luego mira el cincel y el martillo y lo recuerda todo.

Dos ciudadanos están abajo, observando la aún no iniciada labor del anciano. Ambos saben que no podrá comenzarla, que las herramientas caerán una y otra vez de sus manos, que una y otra vez volverá a recogerlas, que una y otra vez olvidará qué debe hacer. Un día tras otro. Una estación tras otra. Un año tras otro. Como una maldición.

El dolor de la pérdida es demasiado grande. Todos los dioses lo saben.

La doncella, Palas Atenea, hace girar su escudo. El búho grabado a fuego en la fragua de Hefestos refleja la luz de Apolo hacia la cara del anciano, que se vuelve ante el calor. La belleza de la diosa le abrumba por un instante.

Hermes, a su lado, se eleva en el aire como si el aire fuera un andamio perfecto que no oscilara bajo su peso. Se sitúa a la diestra del anciano. Cuando éste se vuelve hacia él nota en su otro costado el aliento de la diosa, que está flotando también junto a su viejo cuerpo.

—Deja tus instrumentos, arquitecto. Es hora de marchar.

Las palabras de Hermes parecen fluir en un mar de ambrosía invisible. Los labios del dios no se han movido para pronunciarlas. Sus ojos oliváceos resplandecen como si tuvieran vida propia.

—Aún no he terminado mi trabajo.

La diosa apoya su nívea mano en su hombro y

nuevas palabras, más suaves, inundan su mente surgidas de la nada.

—Ya has hecho suficiente, Dédalo. ¿No deseas ver de nuevo a Ícaro, tu hijo?

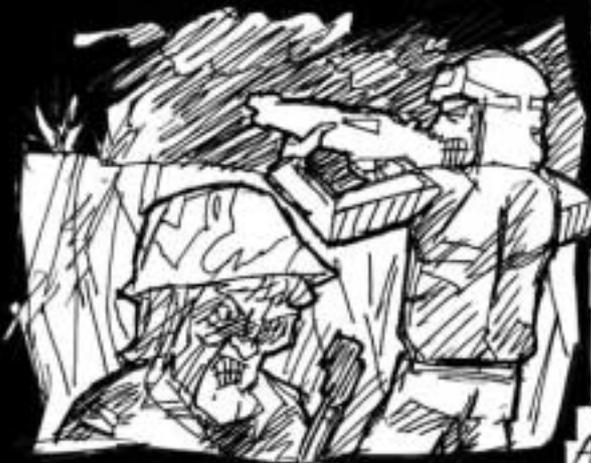
El arquitecto escucha los nombres. Le resulta desconcertante oír palabras tan terrenales pronunciadas por voces divinas. Los ojos grises de Atenea entran en lo más profundo. Siente su terrible inteligencia. La voz de su interior habla y le hace comprender.

Se apoya en los dioses y les acompaña hacia las nubes blancas.

Las herramientas golpean el suelo cuando ya nadie las sostiene.



ESE CABRÓN DEL SARGENTO,
NOS HA METIDO EN UNA
ENCERRONA. EL MUY
HIJODEPUTA. ¿POR QUÉ
HEMOS TENIDO QUE
VENIR A ESTE SITIO?



- ¡QUÉ TE PASA? YA SE TE
HA OLVIDADO QUE ERAS EL
PRIMERO QUE SE APUNTÓ A
LO DEL TESORO.

- SÍ... YA..., PERO ES QUE
EN LA ASTRONAVE EL PLAN
RESULTABA MUCHO MÁS
EXÓTICO. ASALTAR UN TEMPLO
ABANDONADO... PUES ESO: ¡ABANDONADO!

- PUES PARECE QUE LOS
DEL OTRO BANDO TAMBIÉN
TIENEN INTERÉS EN
VISITAR EL TEMPLO...
¡AHORA, CORRE!

- ¡JODEOS, PUTAS!
¡GNF!





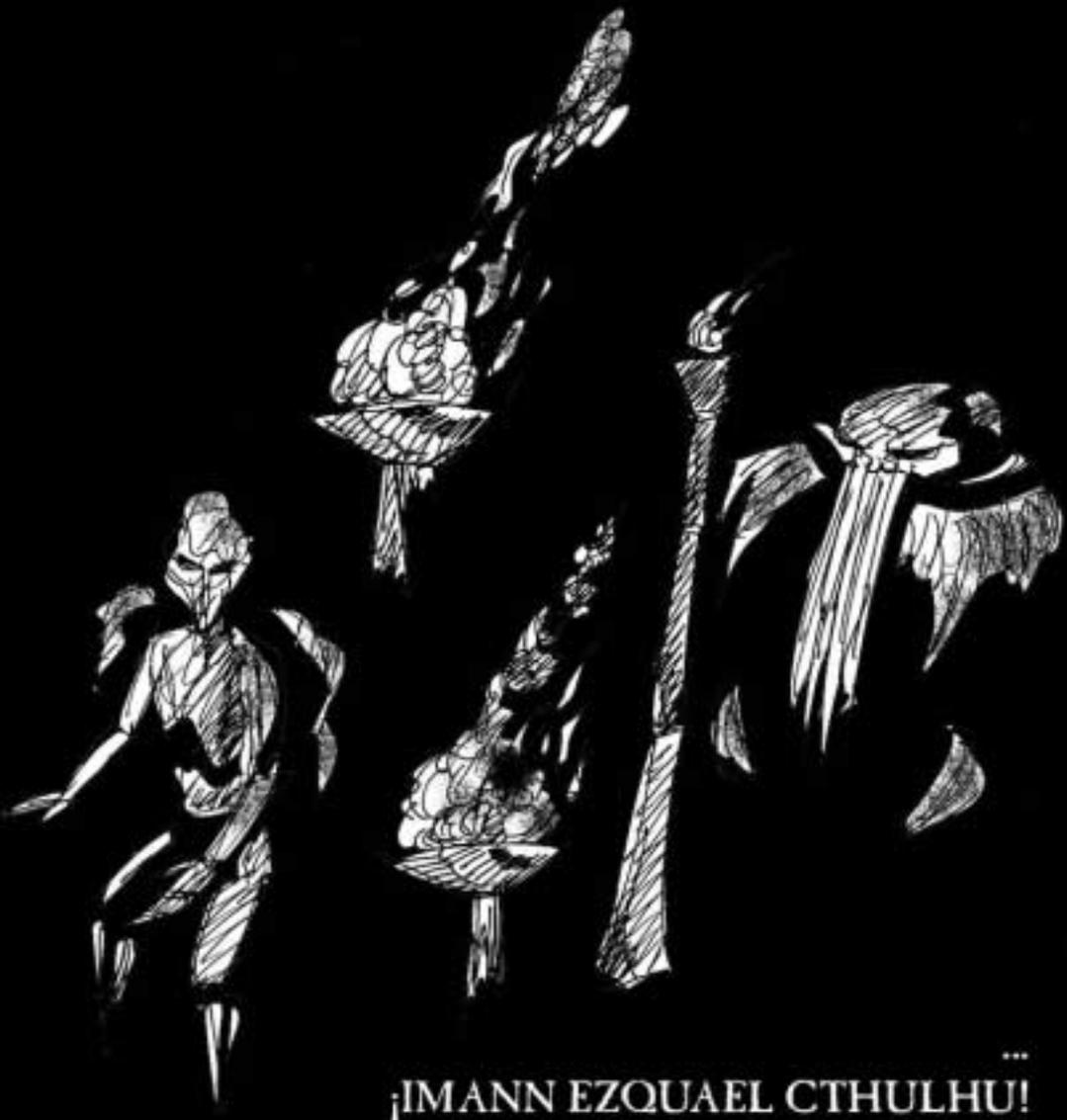






Y AHORA MI ALMA VAGARÁ ESCLAVA
POR LAS ESTANCIAS DEL TEMPLO DE YÖHL
PARA SIEMPRE PERDIDA
PARA NUNCA SALVADA

...



...

¡IMANN EZQUAEL CTHULHU!

El simbolismo del Arca del Alianza

Por Sergio Fuster

Traspassando la pesada cortina de hilo azul, estampada con figuras de querubines de oro, penetramos en el lugar más recóndito y santo del templo de los israelitas: el sanctasanctórum. Éste era un compartimento de forma cúbica, cuyas medidas significaban perfección y simetría a grado superlativo. Como tipo de cielo, morada de Yahvé, compartía el simbolismo de *centro*¹. En el corazón del recinto se hallaba el artefacto más sagrado: la incontemplable y resplandeciente Arca de la Alianza.

¿Existió realmente el Arca en tiempos bíblicos? ¿Qué extrañas circunstancias rodearon su desaparición? ¿Qué piensa la arqueología en estos últimos tiempos? Y ¿cuál es el simbolismo que encierra?

En épocas antiguas, era costumbre entre los seminómadas que vagaban por la creciente fértil, conservar dentro de ataúdes o arcones documentos importantes para la comunidad; ya sean títulos de propiedades o ídolos familiares conocidos como los terafines². Existen referencias, que otros pueblos como los fenicios, arameos, acadios, árabes y egipcios usaran estas arcas con fines domésticos o comunitarios³.

La originalidad del arca de los hebreos, radicaba en que contenía evidencia de los hechos de redención de Dios⁴. Era un memorial que hacía de archivo sagrado para la conservación de artículos que servían de recordatorio o testimonio (Los diez mandamientos)⁵. Esto la convertía en un artefacto político-religioso, ya que era un emblema del culto primitivo; un símbolo de la soberanía y de la presencia divina⁶.

SU MODELO Y ESTRUCTURA

Según el libro de Exodo, Moisés mandó construir al Arca por orden expresa de Dios quien le dio el diseño por revelación divina. Lamentablemente, hasta el momento, no tenemos ningún grabado ni bajorrelieve de tiempos antiguos que nos la muestre gráficamente. De todos modos, la descripción bíblica es lo bastante elocuente como para tener un conocimiento claro de la conformación de éste artefacto sagrado.

Dicha fuente nos habla del Arca como un cofre de madera de acacias de forma rectangular⁷. Estaba revestida con láminas de oro puro por dentro y por fuera, con dos aros a ambos lados. Estos servían para su transportación, por medio de preciosos varales labrados, para que ningún mortal pudiera siquiera tocarla.

El propiciatorio o plancha superior, funcionaba como tapa para sellar la caja, siendo su pieza principal. Realizada totalmente de oro puro y macizo, este metal precioso fue usado como símbolo de incorruptibilidad. Tenía además un artístico borde del mismo material en forma de guirnalda.

Sobre la cubierta, Dios mandó que se labraran a martillo las figuras de dos querubines (Heb. *KERUVIN*). Éstos estaban arrodillados con los rostros vueltos hacia la tierra (Heb. *KARA*, que significa “arrodillarse, inclinarse”). Sus alas remeras estaban extendidas, una en dirección a la otra. Tal vez su nombre se derive de la misma raíz de inclinarse penitentemente ante la mismísima presencia de Dios, “aquel que nadie puede siquiera verlo y sin embargo seguir viviendo”(Exodo 33: 20).

EL ENIGMA DE LOS QUERUBINES DE ORO

¹ M. Eliade “*El mito del eterno retorno*” Bs. As. Alianza 1996. Pág 26

² Muchos han relacionado a estos ídolos con los textos de execración (II milenio a. C.). Según la etimología hurrita-hitita, se lee “Tarpis”; y en semita “Tarpi”. En ambos casos quiere decir espíritu o demonio.

³ W. E. Vine: “*Diccionario expositivo de las palabras del Antiguo Testamento*” Colombia Ed Caribe 1984, pág 23.

⁴ Ib.

⁵ “*Insight on the Scriptures*” Rev. Bíblica W. T. 91 Tomo I Pág 179

⁶ J. Bright: “*La historia de Israel*”. Ed Desclee de Browe, España 1970, Pág 787.

⁷ Los hebreos usaban la medida del codo antiguo, equivalente a 44,5 cm. Por lo tanto, el Arca mediría 111 cm x 67 cm x 67 cm. Para otras medidas antiguas ver: J. B. Pritchard “*La sabiduría del Antiguo Oriente*” 1966, Pág 250-251.

Con relación a estas misteriosas figuras, algunos biblistas relacionan el término “*kerubin*” con la palabra acadia “*karubu*”⁸; que según la iconografía oriental eran genios de figura semihumana o semianimal que velaban a las puertas de los palacios.

Es cierto que los asirios hacían representaciones de criaturas aladas especialmente de toros o leones. Las encontramos entre los egipcios y también entre los hititas. El trono del rey de Hirán en Biblos estaba soportado por dos criaturas de rostro humano, cuerpo de león y grandes alas⁹.

Pero en realidad, nada se sabe del formato de los querubines tallados en el propiciatorio. El historiador Josefo nos dice:

*“... Y tenía dos figuras que los hebreos llamaban Querubines; Y que son criaturas aladas, pero en su forma nada parecida a ninguno de los seres contemplados por los hombres, y que Moisés asegura haber visto en el trono de Dios”*¹⁰

Esta mención ambigua, nos muestra que las ideas que estaban en boga en el primer siglo y en la época talmúdica se hallaban bastante divididas. La confusión parte lógicamente, porque ninguno de los judíos de la era postesilica y cristiana habían visto los utensilios originales, ni del Tabernáculo mosaico, ni del edificio salomónico. Además las tradiciones del Antiguo Testamento nos silencian muchos de los detalles que hoy intentamos reconstruir.

Después que los judíos regresaron del cautiverio en Babilonia, levantaron un segundo templo bajo el mando del gobernador Zorobabel. Para entonces el Arca ya no estaba. Parte del mobiliario fue repuesto, fueron modelados nuevos candelabros de siete brazos, conocidos como los “Menorah”. Según el profeta Zacarías simbolizaban “los siete ojos de Dios” (Zac 4: 10). La opinión de Josefo y Filón, era que representaban los siete días de la creación; parecer que se trasladó a los autores midrásticos (Siglos I-II)

Uno de ellos aparece grabado en la parte superior del Arco de Tito, que conmemora la destrucción de Jerusalén en el año 70 E. C. Al pie del Menorah, se puede hacer una observación interesante. Allí se estampan dos figurillas híbridas enfrentadas: parece que son leviatanes o serpientes mitológicas hebreas. Según se pensaba eran mensajeros de Dios, cuya efigie coronaba el Arca de la Alianza¹¹.

Otra tradición talmúdica cuenta que se prohibió las representaciones de dicha iconografía por considerarlas idolátricas¹². Si bien no se puede llegar a una conclusión definitiva, lo más probable es que hayan sido figuras de aspecto humano. La excesiva tendencia al antropomorfismo que caracterizó al culto temprano de Yahvé, nos hace realmente dudar que los querubines de la cubierta se muestren como figuras grotescas hechas a imitación de monstruosas imágenes aladas de otras naciones¹³. Sumado a esto, la creciente necesidad de dicha etnia de mostrar una marcada diferencia con la religión de sus contemporáneos.

¿Fueron objetos idolátricos propios de un culto primitivo? ¿Habrán sido una amenaza contradictoria al característico monoteísmo hebreo? Hay quien ha visto en los querubines una manifestación totémica, evocando las costumbres de guardar los ídolos domésticos o máscaras cúlticas en las arcas familiares. Sin embargo, no hay evidencia de ello, ya que el decálogo, que el Arca misma guardaba, prohibía expresamente cualquier representación física de Yahvé (Ex 20: 4). Además, no estaban expuestas a los ojos del pueblo. Por lo tanto, no parece verosímil que hayan sido utilizadas con ese propósito.

EL ARCA COMO CENTRO DE LAS TEOFANIAS DE YAHVE

Desde los más antiguos documentos del Pentateuco, hasta la extensa literatura judaica de los primeros siglos; siempre se le atribuyó carácter sagrado conmemorativo a los sitios donde Dios se manifestó. Esto se conoce como teofanía. Dichas fuentes nos hablan que, cerca de las colinas de Judá, en un lugar llamado Betel, el patriarca Jacob soñó con una escalera que llegaba a los cielos. Multitudes de ángeles

⁸ Nueva Biblia de Jerusalén en su nota al pie.

⁹ Vila-Escuain: “*Diccionario Bíblico Ilustrado*” Ed Clie 1985, Pág 974.

¹⁰ *Antigüedades Judias*, Libro III, sec. 134.

¹¹ Graves-Patai: “*Los mitos Hebreos*” Ed Alianza Pág 48.

¹² Ib pág 381.

¹³ *Aid to Bible Understanding*, 1971, W. T. Pág 1381.

transitaban por ella. Por la mañana, Jacob levantó un altar de piedra sin labrar como monumento de que allí se le apareció Dios.

Según el Midras, el patriarca pintó la piedra con polvo y Dios la hundió tan profundamente en la tierra que llegó a ser el ombligo del mundo. El mismo relato cuenta que ésta fue el fundamento del posterior templo de Salomón¹⁴.

Bet-El (Heb. “Casa de Dios”), ya había sido un santuario cananeo mucho antes de la época patriarcal. Pero esta roca no era una *asera* o símbolo fálico, propio de la actividad ritual a los baales, sino que, los hebreos consideraron estos sitios como testimonio de la epifanía divina.

En Sinaí, luego que Dios le entregara el Decálogo a Moisés, se efectuó “El ritual de la Alianza”. Este fue el paso previo a la construcción del Tabernáculo y de los objetos sagrados, entre ellos el Arca.

Una vez que la ley fue puesta por escrito y leída, el pueblo replicó al unísono: “Todo lo que Jehová ha hablado estamos dispuestos a hacerlo” (Ex 24: 3-8).

A partir de ese momento entró en vigor la Alianza. Ahora su sociedad se manifestaba en ella, ésta se mantenía mientras fueran cumplidas todas las estipulaciones divinas. En otras palabras, Israel aceptó el dominio de su Dios-Rey¹⁵.

Acto seguido se levantó un santuario provisorio, con un altar central y doce columnas simbólicas, representando cada una de las tribus de Israel¹⁶. Dicha piedra concéntrica cumplía el papel que luego pasó a desempeñar el Arca, ya que sobre ella se derramó la sangre de un sacrificio expiatorio.

Cuando el cofre de Dios llegó a construirse, un mes después, la ley fue colocada en sus entrañas. Constituyó un símbolo oficial de su gobernación visible y guardiana del estatuto divino.

Jehová no estaba en el Arca, su teofanía se trasladó desde la cumbre del Sinaí hasta posarse en forma de nube sobre ella. A este fenómeno numinoso se lo conoció como el “*Shekinah*”. Luz celestial que brillaba sobre las imágenes querúbicas penitentes, como si el mismo Dios estuviera montado sobre ellos; siendo el escabel de su trono. Las apariciones parciales que experimentaron los patriarcas fueron reemplazadas por este portento constante, destello que acompañó al pueblo durante la travesía en el desierto. De día como columna serpenteante de humo y de noche como estela llameante.

NO FUE UN ARTEFACTO MAGICO

En vísperas de la II Guerra Mundial, los alemanes emprendieron la búsqueda del Arca. Para ello realizaron diversas expediciones arqueológicas en Oriente próximo. La idea de Hitler era valerse de ella como un artefacto mágico, un amuleto para obtener poderes paranormales.

Lo cierto es que no era un talismán, su sola presencia no garantizaba la obtención de los resultados pretendidos¹⁷. El siguiente ejemplo del libro bíblico de Josué lo expone. Después que el poder de Dios emanado mediante el Arca derribó los muros de Jericó, su próximo objetivo militar fue la ciudad de Hai. Para su sorpresa ahora sufrieron una aplastante derrota.

Con relación a Jericó, Jehová prohibió tomar botín. Sin embargo, un soldado de Israel robó del despojo y lo escondió bajo su tienda. Solo cuando el ladrón fue descubierto y ejecutado, recién ahí, el ejército pudo reducir al próximo emplazamiento.

En otra oportunidad, el Arca fue capturada por los filisteos durante un enfrentamiento. Este pueblo tenía por costumbre sacar los ídolos al campo de batalla. Por lo tanto el Arca, para ellos, sería algo más que un trofeo, hablamos de una especie de talismán que por el solo hecho de poseerla les daría la victoria.

Los filisteos la depositaron en el templo de Dagón, divinidad uránica posiblemente mitad hombre y mitad pez. Cada mañana cuando los sacerdotes entraban al recinto, encontraban al ídolo del dios caído boca

¹⁴ Op. Nota 11. Aunque esta declaración es una inexactitud geográfica, tiene valor en sentido mítico como suceso instaurador.

¹⁵ Op. Nota 6.

¹⁶ La actividad semita en las minas del desierto del Sinaí esta atestiguada por el papiro Harris. Se hallaron restos de un precario templo en Tinmah, que data del siglo XII a. C. “*Arqueología de la Biblia*”. Ed Victor, 1980.

¹⁷ Op. Nota 5.

abajo; como inclinado(Heb. Kara) delante de aquel símbolo del trono de Dios.

Nuevamente nos cuenta Josefo, que los secuestradores fueron plagados con todo tipo de pestes y la gente moría de disentería. Tal fue el terror, que decidieron devolverla de inmediato¹⁸.

Según la ley mosaica, el Sumo Sacerdote podía mirar el Arca durante el rito expiatorio, y solamente levitas designados se dedicaban a su transportación. Cuando los israelitas fueron a recuperarla esto no se tuvo en cuenta. Fue entonces cuando la incontestable Arca de Dios, emitiendo un tremendo poder sobrenatural, fulminó a un buen número de ellos¹⁹.

El poder que emanaba de ella no provenía de esotéricas fuerzas sino de Dios, y este solo actuaba a favor de los que le obedecían su ley.

La historia bíblica nos relata que luego de estos acontecimientos, reposó en el templo de Salomón hasta su posterior desaparición.

EL ARCA Y LA ARQUEOLOGIA

El destino del Arca de la Alianza, representa uno de los grandes misterios de la historia y de la arqueología. Nadie sabe cuando, ni en que circunstancias desapareció.

La última referencia que dan las fuentes bíblicas nos llevan al año 642 a. C., durante el reinado de Josías de Judá²⁰. Ni en los anales testamentarios, ni en los registros de Nabucodonosor II, existe mención alguna que haya sido llevada a Babilonia después de la destrucción de Jerusalén. Tampoco que haya sido traída del exilio y colocada en el segundo templo o reemplazada por otra. Entonces ¿Qué pasó con el Arca?. Examinemos algunas de las tantas respuestas que ha intentado darnos la ciencia.

Por mucho tiempo se pensó, que el faraón Sisaq(conocido en los textos egipcios como Sesonq I y fundador de la dinastía libia) era una posible respuesta. En el año 998 a. C. invadió Judá con una poderosa fuerza militar, capturó varias ciudades fortificadas y luego dirigió su atención hacia Jerusalén²¹.

El registro de II Crónicas 12: 1- 12, dice que Egipto despojó a la ciudad santa de sus tesoros, lo que supone que Sisaq profanó el templo. Esto ha llevado a los investigadores a pensar que el Arca fue trasladada a lo que fue la antigua Libia, donde actualmente se encontraría sepultada. Pero dicha suposición desconoce un elemento fundamental, que existe una mención de ella trescientos años después en 2 Crónicas 34: 8-35: 19. Ahora si Sisaq penetró en el recinto del templo ¿Por qué no capturo el cofre? ¿Acaso había sido escondida en algún lugar secreto?

Esta es la posibilidad que actualmente se está considerando, que esté enterrada bajo el monte Moría. Lamentablemente las excavaciones en el lugar son prácticamente imposibles, debido a que allí se levanta un lugar sagrado para los musulmanes, la cúpula de la Roca y la Mezquita de Al-Aqsa, construida a principios del siglo VII e. C.

Otro lugar posible es Etiopía, donde en la antigüedad funcionaba el gran reino de Meroe. La línea real sólo era por vía materna y data del siglo VII a. C., pero según la leyenda, el fundador de esa dinastía fue el mítico hijo del rey Salomón y la reina de Saba. De ahí que la fe de muchos atestigüe que Etiopía es el actual depositario del cofre sagrado; aunque sus antiguos habitantes no adoraban a Yahvé, sino a Amon e Isis²².

Pero más allá de estas especulaciones, una cosa es cierta: el Arca sigue perdida y las causas son

¹⁸ Op. Nota 10, Libro VI, Sec. I.

¹⁹ Existen dudas acerca de cuántos hombres fueron muertos en dicha ocasión. El texto masorético nos dice: "De modo que derribó entre el pueblo a setenta mil (cincuenta mil)". Pero dicha construcción es ambigua, nos hace pensar que la segunda cifra es una interpolación.

²⁰ Según el historiador Tácito, cuando Jerusalén fue capturada en 63 a. C. Cneo. Pompeyo profanó el santuario y halló el lugar vacío.

²¹ Existe prueba arqueológica de dicha invasión en una estela fragmentaria hallada en el valle de Magidó, en donde se menciona a Sesonq por nombre. En un bajorrelieve del templo de Karnak, se muestra los numerosos emplazamientos que Sisaq conquistó. *Supplements To Vetus- Testamentum*. Leiden 1957, Vol. 4, pág 59-60.

²² Se hallaron en un templo en Meroe, dos grupos de estatuarios tardíos. Eran divinidades leoninas con cabezas de carneros custodiando un disco solar. Henri Puech: "Las religiones antiguas" Siglo XXI México 1977, pág 197.

todavía un misterio. Pero dejando de lado el punto de vista de la ciencia, nosotros vamos a tratar de desvelar otro de los enigmas que la cubren, aquellos que sólo pueden ser vistos a la luz de la simbología.

EL ARCA COMO TIPO DE SALVACION

La totalidad de sus partes, contenía una altísima densidad simbólica. Sombra del trono de Dios, el Arca era su estrado. Yahvé sentado sobre los querubines elitreos en medio del campamento del antiguo Israel, gobernaba y emitía su legislación. La Alianza²³.

Como elemento santo, fue el más completo tipo de salvación ante la condición de muerte que padece la humanidad. En ella se conjugaba un mensaje ambivalente. Era como si estos espíritus que coronaban el cofre tuvieran la facultad de dar muerte al pecador en cumplimiento de la sentencia divina, como de permitir el acceso a la vida.

Según el mito de origen, el jardín de Edén era como un tabernáculo natural; contenía la provisión de vida eterna, representada en el árbol sagrado²⁴.

Cuando la primera pareja infligió la ley de Dios fueron exiliados del Jardín y condenados a muerte. Querubines cubrientes, además de una espada de fuego, flanqueaban la entrada. Custodiando el camino al Arbol de la Vida. Esto nos retrotrae a varios mitos en los que se hallan motivos de monstruos o grifos vigilando y montando guardia frente a un árbol de la inmortalidad. El desafío es vencer a los custodios. Hércules, para apoderarse de las manzanas de oro, debió reducir al dragón.

No desde la lucha heroica, ni desde la magia, sino desde la súplica y comprensión, Abel debe conquistar el beneplácito de Dios. Comprar el acceso al mismo con su propia sangre o vida. Para que ello no ocurra ofrece un valor equivalente, la sangre de un torillo sacrificial. Solo pagando el precio se obtiene el pasaje al árbol deseado. Si bien Jehová aceptó dicho acto consumiendo la ofrenda con una aterradora llamarada que provenía desde la espada, el hecho de que Abel no obtuviera el paso demostraba que el sacrificio o pago no era suficiente.

La madera con la que estaba construida el Arca tiene su correspondencia con el Arbol de la Vida del que habla el mito. El propiciatorio, al puente de entrada de Edén, lo que separaba lo divino de lo profano.

Durante el día de Expiación, el Sumo Sacerdote hebreo en representación del pueblo, rociaba la sangre de un toro delante del Arca. Una vez del lado oriental y otra del lado occidental de la cubierta, en símbolo de muerte y resurrección. Se pagaba con una vida (sangre animal) por la vida que le correspondía dar a Israel. En cambio por el rescate se obtenía perdón por el lapso de un año.

El ritual fue reinterpretado en la literatura cristiana apocalíptica temprana. Ahora la madera del Arca tenía una nueva correspondencia a escala mayor, al madero de Cristo y su sacrificio, dado a cambio no solo por los pecados de un pueblo sino abarcando a toda la humanidad.

El Arca no estaría en medio de Israel para siempre, su destino y significación aún encierran enigmas de orden histórico y religioso. El oráculo de Jeremías había predicho que llegaría un tiempo en el que ya no habitaría en un templo terrestre (Jer. 3: 16, 17). Una vez cumplida su función típica, sería una sombra que se proyectaría en una verdadera realidad.

En una visión, Juan, el apóstol, contempla la Jerusalén Celestial y el verdadero templo de cristal. Sobre un trono relumbrante la difusa figura como de un hombre, era la mismísima persona de Yahvé. En medio de densas nubes se epifaniza el Arca:

“Y se abrió el Santuario de Dios en el cielo, y apareció el Arca de la Alianza en el santuario, y se produjeron relámpagos y truenos” (Apocalipsis 11: 19).

Para la exégesis cristiana, su paradero era evidente. Dios mismo la hizo desaparecer para transferirla a esferas celestes. ¿Será esto un símbolo de que el trono de Dios ya no regiría más sobre la tierra?

Pero más allá de la historia de Israel y de la teología cristiana, herméticos secretos rodearon a este fabuloso artefacto de factura humana pero de diseño divino. ¿Qué reflexión finalmente podemos hacer de él?

²³ Gleson L. Ancher: *Reseña crítica del Antiguo Testamento*. EEUU. Ed. Portavoz, 1974, pág 263.

²⁴ Mircea Eliade: *“Tratado de historia de las religiones”* México, Ed Era, Pág 266.

El Arca fue parte del pasado religioso de un pueblo. Mientras el historiador empírico y pragmático emprende su búsqueda bajo tierra, el creyente lo hace más arriba de ella, en los cielos. Para él su destino es claro, ya no pertenece a este mundo.

Símbolo del Dios hebreo que mediatizó su presencia, seguirá impartiendo esperanza de redención a los que contemplan con fe el Arca de la Alianza.

Crixus

Por J. Alexander Padrón

Crixus era jonio, pero ya ni siquiera pensaba en regresar a su natal Atenas. ¿Para qué? En la isla de Knosos había vivido desde muy joven, tenía casi todo lo que necesitaba y con seguridad iba a morir allí. Pero no era feliz. Al fin y al cabo, también era cierto que estaba muy solo. Muy solo.

Crixus no era viejo, pero había vivido mucho. En algún momento había sido marino. Su infancia fue tan solo el preludio de su oficio. De hecho creció en el barco de su padre. A la madre no llegó a conocerla: los vecinos contaban que había muerto mientras le daba a luz, y algo le decía que de cierta forma su padre lo culpaba de ello. Le pegaba cuando se le antojaba, y eso es un buen indicio para un niño.

Entre el puño y el remo creció, y Crixus se alegró de la muerte de su progenitor. Como por aquel momento ya tenía edad suficiente para dirigir el navío –que más que navío era bote– el muchacho, a sus quince años, se hizo a la mar para ganarse su propio sustento. Cuatro inviernos de mejor o peor suerte transcurrieron para el joven en el mar Egeo con la ayuda, a veces, del padre Poseidón, y en la mayoría de los casos ayudándose a sí mismo. Hasta que un día la corriente le arrastró mar afuera.

Crixus luchó cuanto pudo con los remos para volver a la costa, pero solo logró cansarse sin poder escapar de los vientos y el agua. Pasadas un par de horas se resignó y se dejó llevar, tendiéndose en el fondo de la chalupa y musitando maldiciones a los dioses.

A los dos días llegó un joven barbudo y extenuado a la isla de Knosos, lugar del que nadie tenía noticias y a la que tampoco llegaba ninguna. Así las cosas, es de suponer la sorpresa de las ninfas de Artemis que tenían allí templo y morada. Después de sorprenderse, las doncellas pensaron en sacrificarlo inmediatamente a la Triple Diosa –Magna Mater para los entendidos– a lo cual, como es lógico, el propio Crixus supo encontrar un montón de objeciones.

Entonces las ninfas, que a estas alturas tenían pocos temas que debatir aparte de lo hermosa cosecha del año anterior o lo lindo que florecían

los prados en la primavera, se enfrascaron en recia y animada discusión. Por suerte, en lo que deliberaban, le dieron de comer y beber en abundancia, pues no era oportuno que el sacrificio muriera de inanición y no de un golpe de puñal. Crixus miró con desagrado tales razones, pero no así al condumio que tanta necesidad le hacía.

En lo que iba y venía el debate pasaron los días, y las ninfas se fueron acostumbrando a la presencia del náufrago, quien se esforzaba en caer en gracia por razones obvias. La Sacerdotisa Mayor, quien veía al joven con agrado, decidió que siendo el único hombre que había pisado Knosos (además de los sacerdotes de Apolo de la isla vecina) se le perdonaría la vida a cambio de ciertos favores una vez al año. Crixus aceptó, si no gustoso al menos resignado y contento por no perder la vida.

Así fue como se le ordenó que viviera en la parte sur de la isla, apartado e ignorado por las ninfas. Sabía que si intentaba escapar o merodear por la isla las ninfas, tiernas pero diestras en arquería, lo harían muñeco de prácticas. Así que Crixus, solo con la fuerza de sus brazos y un par de herramientas levantó su casa, roturó el fértil suelo de Knosos, sembró, juntó ganado, recogió la cosecha y, en definitiva, vivió como un campesino por veinticinco largos años. También, siguiendo los consejos de su padre, plantó vid silvestre cerca de la casa e hizo vino. Y, como no iba a tomarse semejante trabajo en balde, mataba la monotonía emborrachándose a dos cántaras.

No todo era aburrimiento, claro. Una ninfa le visitaba una vez al año, siempre con el comienzo de la primavera, y aquello era una buena forma de distracción. Más o menos buena. Primero Crixus esperaba con ansiedad la floración, luego ese sentimiento fue sustituido por un entusiasmo medianamente marcado, al final lo tomó por un hecho corriente y ahora ya le daba, en verdad, lo mismo.

Aquel día Crixus despertó, e incorporándose a medias en su camastro, extendió la mano hacia el ánfora y bebió un largo trago de vino. La bebida le ayudó a librarse de los restos de sueño y algo de

la resaca del día anterior. Salió de la choza y se estiró al sol de la mañana, haciendo crujir sus articulaciones. Anduvo un rato por el sembrado arrancando malas hierbas, contó el ganado con los dedos para asegurarse de que estaba completo y masticó un poco de pan de centeno viejo.

Knosos estallaba de alegría por la llegada de la primavera, pero Crixus no se unía al júbilo reinante. Se movía con desgano entre tanta belleza: la cabeza le dolía y la gastritis no se aliviaba ya con leche de cabra. Era lógico que no se sintiese de humor para admirar el paisaje. Con paso lento regresó a la cabaña y al vino.

El sol se movió en el cielo, trepando hasta el cenit para resbalar después hacia el poniente. Crixus ya no bebía, ni entonaba canciones marineras con aliento de viñedo, sino que dormitaba con el ánfora casi vacía en las rodillas. Casi al anochecer, otra silueta humana rompió la natural asimetría del paisaje. Una figura grácil brotó de la espesura.

–¡Crixus! ¡Crixus!

El hombre no despertó.

–¡Crixus!

La ninfa se acercó a la cabaña. Con los tintes del atardecer su túnica blanca se teñía de naranjas y, a trasluz, dejaba ver un cuerpo de formas perfectas y sensuales.

–¿Crixus? –llamó la muchacha inclinándose sobre él, en tanto sus cabellos descendían por los hombros como una cascada de oro.

El hombre ni siquiera se movió.

–Despierta –susurró ella con voz suave, mientras su mano delicada acariciaba la mejilla de Crixus–. Ya es hora.

Crixus abrió los ojos y su primera visión fueron los senos de la doncella, apenas cubiertos, junto a su rostro. Ella se irguió y quedó mirándolo arrobada.

–Crixus, hoy es el día.

El hombre bostezó, recogiendo el ánfora de sus rodillas. La agitó, y los restos de vino gorgotearon por un momento en el fondo antes de perderse en su garganta.

–Vamos, Crixus.

Él intentó sonreír, pero solo logró una triste mueca.

–Ven mañana. Hoy no estoy de humor.

La muchacha se acercó aun más y posó la mano sobre el pelo ensortijado de Crixus. El vientre quedó a la altura de sus ojos, y el hombre

aspiró el aroma que despedía su cuerpo: una fragancia suave, casi floral, suave y atrayente. Acariciándolo, la muchacha musitó.

–Sabes que tiene que ser hoy. Hoy es el día. Mañana será tarde para festejar la llegada de la primavera.

Crixus sintió como su cuerpo respondía por instinto. Casi sin darse cuenta levantó el brazo, rozando con su diestra callosa la entrepierna de la ninfa. Estaba suave y caliente. La piel de la doncella se erizó, tembló, mientras palpaba el cuello de Crixus.

–¡Vamos, Crixus! –rogó.

Él se levantó y echó a andar tras la muchacha. Sus ojos estaban fijos en la cadera, que acunaba su mirada en cada paso. Ella de vez en cuando volvía el rostro y le sonreía, aunque el hombre ya no necesitaba más insinuaciones.

Ambos se internaron en la floresta en silencio, mientras a su alrededor el rumor del bosque los envolvía. El hombre sabía muy bien a donde iban; como cada vez durante aquellos veinticinco años irían a la orilla del río, a la piedra ceremonial de Artemis Cazadora. A bañarse en los primeros rayos lunares de la primavera. Crixus se secó el sudor de la frente, sin perder de vista el cuerpo frágil y sensual de la ninfa.

El trino del río ahogó los sonidos de la fronda, y las ondas de plata se adivinaban entre los troncos y el follaje de los matorrales. El bosque terminó, y la muchacha miró a Crixus, que asintió y se detuvo. Ella desnudó sus carnes perfectas, más hermosas y apetecibles aún que bajo la túnica. Con lentos movimientos penetró en la rivera y quedó allí, dejando que el agua fluyese sobre su piel para purificarla antes del ritual.

Crixus la miró permanecer inmóvil, respirando los aromas de la noche. Sí, era lo suficientemente hermosa como para dar envidia a la más encumbrada princesa griega. Y muy joven. No más de dieciséis años de pureza entre los bosques de Artemis, moldeando su cuerpo con el ejercicio y la caza.

La muchacha salió del agua, y su piel mojada brilló a la luz de la luna sobre sus cabellos pegados a la espalda. Le sonrió una vez más, pidiéndole paciencia, y avanzó hasta la piedra ceremonial. Cuando se tendió sobre ella su cuerpo quedó inclinado hacia el río, y sus piernas abiertas apuntaban a Crixus.

–Ven, estoy lista –su voz era ahora un susurro

insinuante.

Crixus se acercó dominando sus pasiones, grabando en la memoria todos los detalles para recordarlos en el próximo año de soledad. Avanzó hasta sentir en sus muslos el calor de los de ella, se inclinó olfateando de nuevo su fragancia y posó las manos encallecidas sobre sus caderas, con toda la suavidad que le permitían sus cuarenta y cuatro años. Dejó que sus dedos resbalasen sobre la piel pálida, avanzando milímetro a milímetro por sus costados, sus costillas, sus senos duros y redondeados, sus pezones que se dibujaban como una invitación, su pecho que oscilaba en agitada respiración, sus hombros mojados por el río, su cuello terso...

Crixus apoyó todo su peso sobre la garganta, apretando la tráquea con los pulgares. La ninfa comenzó a debatirse desesperada al sentir que el aire ya no llegaba a sus pulmones; pero el hombre, lejos de liberarla, oprimiendo con más fuerza. La doncella, en su agonía, posó sus uñas largas y agudas sobre la espalda de Crixus dejando ocho largos surcos. Sin embargo esto solo aceleró su muerte: el asesino, al sentirse herido, echó mano a sus últimas fuerzas a la par que gritaba una maldición. El debatir de ave de la muchacha se hizo débil, débil, débil, débil...

Crixus soltó la garganta llena de marcas y se incorporó. Le dolían los arañazos, le pesaban los brazos y sentía latiendo todos sus músculos, a flor de piel por el esfuerzo. Tomó el cadáver y llevando su carga comenzó a andar hacia un recodo más profundo del río, mascullando para sí mismo.

“Por Zeus... ya estoy muy viejo para estos menesteres... mis miembros no son tan fuertes como antes...”

El pelo largo y dorado de la ninfa se enredó en un matorral, pero Crixus lo liberó con un movimiento brusco. Entre las zarzas quedaron varios mechones de hebras de oro en señal de protesta.

“... ¿cada vez son más pesadas? ¿O yo soy más débil?...”

Junto a la ribera la dejó caer, y con un ruido sordo la cabeza de la doncella golpeó una roca tiñéndola de sangre. Gruesas gotas de sudor corrían desde la nuca hacia la espalda de Crixus, que las sentía como carbones sobre sus heridas.

“... ¡Qué se te niegue la entrada a los Campos Elíseos, maldita ninfa! Si vienes a sacrificarte por tu propia voluntad... ¿por qué me desollas entonces?...”

Años atrás Crixus habría poseído el cadáver. Luego lo conservaría para su disfrute hasta que empezase a apestar, pero...

Empujó el cuerpo con el pie y quedó mirando como la corriente lo arrastraba hacia el reino de Poseidón, para ser pasto de peces.

...esta noche de primavera todo lo que deseaba Crixus era regresar a su cabaña y vaciar un ánfora, a la salud de la Triple Diosa.

La Puerta Etrusca (V)

Por Jorge R. Ogdon

26.

*"Pues la tumba no es una morada efímera,
sino el receptáculo de la vida que no acaba."
Abdul Al-Hazred, Al-Azif, F° XI § 13: x.*

El golpe del libro al caer contra el parqué le despertó abruptamente, al tiempo que emitía un "¡eh?" asustado y casi inaudible, que no bastó para quebrar el profundo silencio en el que estaba sumido el ambiente. Una lechosa claridad reinaba a su alrededor.

Se encontró sentado en una cómoda silla de recia constitución, frente a un mucho más macizo escritorio de madera de ébano negro con molduras de marfil de un blanco tan puro que lastimaba las retinas, engarzadas con finos hilos de oro que destellaban como colas de cometas sobre un tapizado de nieve.

Levantó la vista y sobre el escritorio estaban desparramados los papeles de su antecesor, los recortes periodísticos, las notas manuscritas, y varios libros. Miró hacia el piso, buscando el que había caído y producido el sonido que le había arrancado de las garras de un extraño "¿Sueño?... ¿Cómo se llamaba el caballo?... ¿Bórras? No,... Qué extraño. Yo no estaba aquí, leyendo. Yo estaba cabalgando hacia el Túmulo Grande 'A',... para ver,... Pero, ¿¿entonces mi charla con Angela no existió nunca?! No, no puede ser, no puede ser que yo sepa de Bo..., bor..., No, no era así el nombre,... no, no, Aurora, la aurora, esa era la madre, él, él era,... ¡Bárras! No, no, tampoco, tampoco,... nada que ver, pero..."

—Pero que hago yo acá sentado —alcanzó a notar nítidamente el paso de su palabra pensada a la hablada, lo cual le hizo tomar conciencia de que la realidad era que estaba sentado en la biblioteca de su casa y que todo lo otro realmente había sido un sueño.

—¡Diablos! ¿Cómo habré llegado acá?... —se preguntaba mientras se agachaba para tomar el libro caído, cuando se percató de su título, que se leía perfectamente en unas letras doradas

estampadas sobre el ajado cuero marrón de su lomo y que rezaban:

**T.L. - DÉCADAS DE LA HISTORIA DE ROMA
- 1**

Instintivamente, Julio presintió el nombre que las siglas "T.L." representaban: *Tito Livio*, que recordó al momento había leído en el diario de su antepasado. "¡Pero que ignorante soy, este Tito debe haber sido un historiador romano! ¡Claro, por eso le consultaba el conde!". La idea le parecía de lo más lógica; este personaje debía tener alguna información o transmitir algún dato que buscaba el conde por algo en particular.

Se le ocurrió entonces que tenía que seguir leyendo el manuscrito del conde Bruno, pero al mismo tiempo le machacaba obsesivamente la idea de que aquello no fuera, después de todo, un sueño. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Eran meros desvaríos, efectos secundarios de su reciente convalecencia,... o qué?

Con el libro de Tito Livio en las manos y los ojos en blanco, con la mente hirviendo de ideas sin realizar, de lecturas sin hacer, en alguna parte de su cabeza una voz le repetía desde su llegada a la casona: "no te revelaremos nuestros secretos,... todavía".

27.

Cuando se hubo tranquilizado un tanto, Julio buscó la parte en que había dejado en la anterior oportunidad y empezó a leer el manuscrito del conde porque el sueño, si había sido tal, tenía que ver con el Túmulo Grande "A", el mismo que en el diario estaba siendo excavado por el conde y sus amigos en la Navidad de 1899. Después hablaría con Ángela.

Luego de repasar los últimos párrafos de su lectura previa para refrescar su memoria, tan sacudida por los extraños hechos y visiones, se enganchó de nuevo en el relato:

Estoy solo, en mi cuarto. El resto de los colegas se ha retirado a echar un cabezazo de descanso. La tarea ha sido ardua pero, como dije, el hallazgo puede ser notorio. Prometedor, ya lo es. Me he quedado pensando en el comentario del Dr. Baumstumpfen acerca de la lobreguez que había en el corredor de entrada al Túmulo Grande "A".

"¡Ahí está otra vez el dichoso túmulo!", pensó Julio levantando las cejas.

Por cierto, nunca vi nada semejante en mi vida. Pero, si he de dar fe, no he visto ninguna tumba etrusca intacta. Todo ese hollín polvoriento, que se adhería al suelo, las paredes, el techo,... y a nuestras botas. Una cosa increíble e inusual.

¡Y el decorado de la puerta de acceso! ¡Indescifrable! Durante la cena trataré de convencer al Dr. Fanabe que, junto a uno de los estudiantes, se encarguen de ir limpiando minuciosamente el bronce de la puerta. Es posible que las representaciones nos orienten en cuanto al carácter del personaje enterrado en la tumba. No tengo la menor duda, por el tamaño y tipo de construcción, que se trata de alguien que tuvo una gran importancia social; seguramente, un noble de la región. ¿Habrá sido algún ancestro de nuestra familia? Los Scarlatti arrancamos de raíces profundas en esta tierra. Tendría que echar un vistazo a los registros parroquiales y a los viejos documentos familiares para asegurarme; y voy a hacerlo.

¡Qué intrigante la puerta sellada! ¿Habrá tesoros inestimables detrás de ella? Los constructores se esmeraron en hacerla impenetrable, eso ya lo comprobamos. Por algo importante debe ser.

Este descubrimiento está lleno de inquietantes interrogantes que esperan ser contestados. Confío en que nuestro equipo es de lo más competente en ese sentido y que a medida que vayamos encontrando mayores evidencias estaremos en posición de responderlos. Mas, confieso que la duda me asalta, ¿podremos hallar la respuesta para todos estos enigmas? Las jarras rotas, las cenizas, los huesos, las joyas, el hollín, la puerta sellada,... ¡Dios, es una verdadera labor de sabuesos! En fin, la Arqueología es nada más y nada menos que eso, así que, ¡valor! ¡Puede ser el gran momento de mi vida!

¿Y el sueño? Me desvela. No pude ocuparme todavía de ver lo que dice Tito Livio; debo hacerlo, es importante. Debo hacerlo antes de acostarme esta noche.

Julio detuvo su lectura. Nuevamente aparecía Tito Livio, el mismo que tenía en sus manos hacía unos momentos. Le resultó claro como el cristal que en este autor romano había claves de importancia para desentrañar lo que ocurría en la Villa Scarlatti,... y con él mismo. Notó que las anotaciones del conde se detenían en ese punto para ser retomadas a continuación, seguramente al haber tenido una nueva oportunidad de sentarse a redactar el diario:

La cena ha concluido y los debates también. ¡Uf, qué manera de argüir que tenemos los savants! ¡Parecía que no podíamos ponernos de acuerdo en nada! Pero, bueno, es natural. Todos estamos muy excitados por el descubrimiento y cada uno quiera aportar lo suyo, aunque algunos como ese cabeza de cubo de Leipzig quiera tratar de imponer su punto de vista a toda costa. ¡Y después dice que entrar al túmulo por segunda vez es algo que no está dispuesto a repetir! ¡Vaya pelmazo, el gran profesor de Leipzig!

Se le ha metido en la cabeza que la lobreguez del sitio es malsana y ha dado como excusa unos problemas incipientes de asma, que no le permiten volver a incursionar en ámbito tan miasmático. Supongo que el polvillo – el que, sin embargo, como dije, no flotaba sino que se adhería a nuestras botas – le debe haber perturbado esa dolencia, "antigua" según dijo. ¡Excusas! Le leí el miedo en la cara.

En fin, todos hemos consentido en que queda liberado de las tareas que deberemos encarar para abrir la puerta sellada. Mis peones son fieles y estarán a la par y a la altura de este titánico esfuerzo.

Julio dejó los papeles a un lado, rebuscó en el bolsillo derecho de su camisa y extrajo un atado de cigarrillos; sacó uno y lo llevó a los labios y estaba a punto de encenderlo cuando golpearon a la puerta.

–¿Quién es? –preguntó distraídamente, al tiempo que encendía el pitillo.

–Soy Ángela, Signora Conde, ¿puedo

entrar?

–¡Ah,... Ángela! Adelante, adelante, contigo quería hablar –contestó inclinándose sobre el escritorio.

–Permiso, *Signore Conde*. Vengo a decirle que Vípero manda preguntarle si desea conocer a su personal, *Signore Conde* –dijo mientras entraba y cerraba la puerta tras de sí. Julio la observó con ojos penetrantes.

–¿Ahora? –preguntó con tono algo turbado.

–Dice que en este momento se encuentran todos reunidos en la casa de descanso, tomando un refresco, *Signore Conde*. Es un buen momento. Después se reparten en sus tareas y tendría que estar yendo de acá para allá por los campos, *Signore Conde* –respondió con toda lógica.

–Ah,... Antes tengo algo que hablar contigo, Ángela –siguió sin prestar mucha atención a lo que decía la muchacha. En ese momento lo menos que le inquietaba era conocer a sus empleados.

–Diga usted, *Signore Conde* –le alentó.

–Bueno, es algo un poco extraño, pero tengo que saberlo –dijo.

–... ¿Vuelve a tener,... vahídos, *Signore Conde*? –preguntó con voz temerosa.

–No,... No es eso, Ángela. Dime, ¿tengo caballos? –tanteó dubitativo ante la respuesta que podía darle.

–Por supuesto, *Signore Conde*. Un aras con varios ejemplares muy hermosos. El más bello, según todos los que le conocemos, es Bóras –contestó con naturalidad y haciendo un mohín de desconcierto.

–Bueno,... Es que, ¿sabes?... no conozco aun todo lo que poseo y,... dime, ese caballo ¿Bóras?... ¡Sí, así era su nombre!... Dime, ¿Bóras es negro como el azabache y su nombre es el del viento del norte en esta región? –continuó devorado por una tremenda ansiedad.

–Oh, *Signore Conde*, ¡me sorprende usted! Para saber poco sobre sus posesiones, sabe bastante –exclamó aniñadamente y sonriente.

–Pero dime más, Ángela. ¿Tú me contaste su mito? Y,... ¿He cabalgado a Bóras? ¿Lo he hecho ya? Dime –le interrogó con ansiedad creciente.

–No lo creo, *Signore Conde*. Lleva usted un buen rato encerrado en la biblioteca. Desde que me pidió después de almorzar que le mostrara

dónde está porque quería ver sus papeles. Y la verdad que nunca le conté nada del caballo ni la leyenda de su nombre. ¿Se siente bien, *Signore Conde*? Le confieso que me preocupan estas salidas tuyas –dijo con voz nerviosa.

–¿Mucho rato? –inquirió con voz neutra, sin escuchar sus comentarios.

–Diría que por lo menos unas tres horas, *Signore Conde* –continuó algo desconcertada.

–¿Y tú me trajiste hasta aquí? –siguió hablando como en otro mundo.

–Usted me lo pidió, *Signore Conde*. Le vuelvo a preguntar, ¿se siente usted realmente bien?

–Sí, está bien, Ángela, está todo bien.

–Como usted diga, *Signore Conde*. ¿Qué le digo a Vípero?

–Dile que iré en quince minutos, si alguien tiene a bien indicarme cómo hago para llegar a esa casa de descanso, ¿sí?

–Le pediré a Valentina que le acompañe, *Signore Conde*. Ella conoce perfectamente el camino –respondió sonriente.

–Está bien. Volveré a encontrarme con la adorable niña –agregó con otra sonrisa.

–Si usted lo dice, *Signore Conde*. Es un poco traviesa y contestona, pero es buena. Es sólo una niña, como usted dijo antes. Y no se asuste de lo que diga. Tiene una imaginación vivaz.

–Vamos, ve a avisarle a Vípero que marcho para allá y envíala a ella aquí.

–Enseguida, *Signore Conde* –concluyó la joven haciendo una ligera reverencia de aires antiguos que dibujó una sonrisa divertida en el rostro de Julio. Amaba a esa joven.

28.

Salió a los veinte minutos del caserón en compañía de Valentina. Marcharon con pasos veloces por los pastizales del parque circundante y tomaron por una senda de gramilla y piedras redondeadas que conducía a través de un bosquecillo, hasta hacerse apenas un paso de tierra suelta.

Iban hacia el horizonte del sol poniente, atravesando lomadas de arbustillos, tilos y robles, acompañados por el trino bullicioso de las aves que revoloteaban de rama en rama o que, posadas en ellas, se dedicaban a cantar al día su alegría.

Mientras marchaban, Julio iba pensando

que, ante este espectáculo de la Naturaleza que llegaba a la primavera, difícilmente pudiera haber estado cabalgando a Bóras bajo el helado aire del viento norte, que era característico del invierno de la región. Todo había sido un sueño, pero un sueño tan real que le había revelado la existencia de su corcel, su nombre y su leyenda. “¿Ahora tengo sueños premonitorios? ¿Desde cuándo? Nunca me pasó algo así”. Una voz infantil le arrancó de sus interrogantes:

–¿Le gusta el paseo, *Signore Conde*?

–Oh,... Sí, mucho. Es un panorama hermoso el de estas tierras.

–Ya lo creo, *Signore*. Es la región más linda del mundo. Así creo yo.

–Y no te equivocas, Valentina. Estoy en un cien por cien de acuerdo contigo.

–¿Le gustan las aves también?

–Sí, me agradan. Son vistosas y su canto me da mucha tranquilidad y felicidad. ¿Escuchas como trinan? Es porque están contentos por la llegada de la primavera.

–Sí y pondrán muchos huevos –dijo con voz alegre.

–Sí, nacerán hermosos pichones que continuarán alegrando nuestra existencia –respondió con fervor.

–Oh, no, *Signore Conde*, sus huevos nos los vamos a comer. La señora Delia es una artista en hacerlos de mil maneras diferentes –respondió con total naturalidad.

–¿¡Comer?! ¿Te alegras porque van a matar a todas esas criaturas de Dios?

–Ay, *Signore Conde*, es usted muy sensiblero. Le garantizo que los huevos cocidos de la señora Delia son riquísimos –le recriminó como a uno que ignoraba las delicias que se perdía.

–No quiero que se haga eso. Yo soy el dueño de esas aves y lo prohíbo. De ahora en más se comerán solamente huevos de gallinas,... ¿Hay gallinas aquí, supongo?

–Sí, muchas. Unas aves sucias y horripilantes. Yo prefiero los huevos de golondrina. Las palomas a veces me gustan también,... pero su carne –sonrió con la mirada iluminada por un centelleante deseo.

–¡Valentina! ¿Se encargan acá de matar a todos los animales?

–Algunos, *Signore Conde*,... Los que comemos,... ¡Ah, y a los perros vagabundos y los lobos ariscos! –terminó con una amplia sonrisa y

contando con los dedos, como queriendo no olvidarse de enumerar a ninguna de las especies destinadas al sacrificio.

–Bueno, bueno. Terminemos con el asunto, Valentina. Ahora quiero preguntarte algo y quiero que me contestes con la verdad. ¿Puedo confiar en que así será?

–Por supuesto, *Signore Conde*. Nunca le mentaría a usted.

–Está bien. Dime, ¿estuviste en mi cuarto con la señora Delia mientras yo dormía? – y la miró seria y fijamente a los ojos.

–¡En su cuarto! ¿En su dormitorio, *Signore Conde*? ¡Nunca! Jamás podría faltarle el respeto de esa manera. Mucho menos mientras duermo. ¿De dónde ha sacado esa idea tan extraña? Y, ¿qué haría mirándole dormir? ¡Debe hacerlo como todos! –respondió con un dejo entre enojoso e irónico.

–Bien, bien. No te molestes, son cosas más,... ¿falta mucho para llegar al lugar?

–No, ya estamos cerca –y, apartando unos arbustos con las manos, le enseñó una suave loma que bajaba hacia una hondonada por la que corría un sinuoso arroyo, junto al que se erguía un recinto de madera con tejas de color terroso y algo derrumbadas.

–Hay que arreglar ese lugar. Parece que está muy caído.

–Hace mucho que nadie hace nada por aquí. Ahora que se encuentra nuevamente el Conde en su casa, espero que las cosas cambiarán. Cuando vengo a jugar acá los días de lluvia, el techo siempre se llueve.

–Lo haré reparar cuanto antes. No creo que llueva mucho estos días.

–No se confíe, *Signore Conde*. El tiempo es raro por aquí.

–Vamos, vamos para allá, Valentina.

–Sí, *Signore Conde*, sígame usted.

29.

Valentina golpeó la destartada puerta, que resonó como madera mojada. Un color fungoso tenía. Ella y Julio se miraron sonrientes mientras el ruido de unos pasos se aproximó hasta que la plancha se abrió de golpe y apareció, plantado en el umbral, la figura de Vípero.

–Adelante, *Signore Conde*, le estábamos esperando.

–Gracias, Vípero. Pasa, pasa, Valentina, las damitas primero –le dijo mientras la tomaba del brazo y la hacía pasar. Luego entró y echó una mirada a la sala en donde, alrededor de una larga mesa hecha de un tronco de árbol muy lustrada, se apiñaba un grupo de hombres de aspecto rústico y pintoresco, que se levantaron al unísono, como un solo hombre, al verle trasponer la entrada.

–*Signori, il Signore Conde Giulio* –anunció Vípero mirando fija y seriamente a esas personas. Todas se habían quitado los sombreros o boinas y los sostenían con ambas manos sobre el pecho con el rostro demudado por una mezcla de respeto y temor que impresionó a Julio.

–*Benvenuto, Signore Conde Giulio* –clamó el coro de voces, profundas, guturales y como procedentes de un lugar distante. Debía ser el eco que retornaba de la descalabrada techumbre, cuyas vigas interiores parecían formar intrigantes ángulos.

–*Chiao, signori* –atinó a decir Julio, sin saber muy bien si debía acercarse y saludarlos a cada uno con un apretón de manos o si tenía que permanecer en esa actitud distante e inspiradora de tales sentimientos contradictorios en esa gente. Optó por lo último, pues lo primero no parecía que fuera el comportamiento apropiado para un *Signore Conde* y, por otro lado, supuso que una tal actitud de confianza resultaría extraña y hasta chocante para estos hombres, campesinos de poca cultura, si alguna, y acostumbrados, al parecer, a comportarse como un rebaño en su presencia. En presencia del descendiente de la familia Scarlattti.

–*Prego, Signore Conde*, tome asiento, por favor, así estará cómodo. ¿Desea beber algo, *Signore Conde*? –dijo Vípero.

–*No, niente, grazie* –contestó Julio, sacudiendo su mano izquierda en gesto negativo – Empecemos de una buena vez, Vípero. Fui interrumpido en la mitad de algo muy importante para mí, ¿*á capíto*?

–*Signore Conde*, me disculpo por haberle hecho alejar de sus sin duda importantes ocupaciones, pero ahora están todos sus servidores juntos y,... Bueno, considere la ventaja de conocerles que representa...

–Sí, sí, Vípero, ya sé eso,... Vamos al grano

–*Bene, Signore Conde* –replicó haciendo un gesto con la mano para que el primer hombre se adelantara –. Este es Giacomo, mi mano derecha. A él debe recurrir si no me encuentra disponible,

cosa que difícilmente ocurra. Es un gran tambero y el responsable del ganado.

–*Benvenuto, Signore Conde* –dijo Giacomo con una sonrisa tembleque en los labios y mirando a Julio como si una deidad se hubiera dignado presentarse ante él.

–*Grazie, Giacomo* –dijo, mientras Vípero lo despachaba y apuraba a otro del grupo a adelantarse.

–*Questo bambino* es el *figlio grande* de Giacomo. Se llama Pietro y es un muchacho excelente y que le será de lo más útil. Es el cuidador y entrenador de su perros, *Signore Conde*, de Brutus y Canes y el resto de sus mastines, que le mostrará cuando usted lo quiera, *Signore Conde*. Además, conoce las colinas como sus propios protegidos –presentó a un muchachote de unos dieciséis años, agregando una sonrisa paternal. Julio notó que la relación entre ambos debía ser muy fuerte.

–Encantado, jovencito. Ya hablaremos los dos. Ignoraba que tenía más perros, Vípero. ¿Por qué no se me dijo antes?

–No se dio la oportunidad, *Signore Conde*. Ahora tiene ante usted a la persona indicada para contarle todo sobre ellos –dijo algo avergonzado pero con un chispazo de contrariedad, como si ese comentario le hiciera quedar mal ante el grupo.

–Está bien –a lo que Vípero aventó al muchachito e hizo pasar a un mozuelo con cara de vago y pícaro que lo miraba fascinado con grandes ojos café desde debajo de unas largas pestañas negras. Había algo de femenino en sus rasgos y su porte. Julio lo estudió bien, porque le recordaba a sí mismo cuando tendría su edad.

–*Benvenuto, Signore Conde Giulio. Io sono al suo servizio. Io sono Gambarino* –dijo con voz petulante pero sin llegar al punto de la bravuconería.

–*Chiao, vago*. ¿Y tú qué haces? –le espetó a boca de jarro, mirándolo indolentemente.

–*Io guardo il suo...* –empezó a decir tomándose los tiradores de sus amplios pantalones, cuando Vípero le puso una mano en la boca y dijo:

–*Niente, Signore Conde*. Es un rapaz insolente este *ragazzo*, un vago, como usted dice, al que tenemos que soportar porque es el hijo menor de Giacomo y tiene buena mano para la herrería,... –y dándole un suave empujón hacia atrás, se puso delante de él, al tiempo que decía:

–Y este es su patrón, Don Faustino –el hombre que se había parado junto a él era bajito, regordete, calvo y con cara de bonachón. Tenía la cara colorada como un tomate y le recordó al divertido y astuto doctor Duval. Lucía un largo faldón de cuero gastado que llevaba anudado alrededor de la cintura y caía hasta casi cubrirle unas aun más curtidas botas. El torso lo cubría una camisa de lanilla a cuadros de colores deslavados y desgastada por el uso, abotonada hasta su flácido cuello.

–*Chiao*, Don Faustino. ¿Atiende usted los zapatos de mis caballos? –le preguntó con voz divertida.

–¡Los zapa...! ¡Ja, ja, ja! –lanzó bruscamente el hombre una risotada y le apuntó con el dedo, para quedarse tieso, probablemente al recordar a quién le estaba hablando. Julio sonreía de buen humor; no se equivocaba, este tipo era un divertido – Disculpe, disculpe, *Signore Conde*. Sí, yerro los caballos y también los cuido junto con dos de los compañeros que están presentes.

–A ver, ¿quiénes son?

–Vamos, adelántense –ordenó Vípero. Dos jóvenes en sus treintas dieron un paso adelante y se presentaron como Carlo y Tomassino con exageradas muestras de respeto.

–Bien, bien. A usted Don Faustino lo veré después. Quiero conocer a Bórras.

–Lo que mande, *Signore Conde* –Vípero despidió a los tres, que volvieron a unirse al grupo junto a la mesa, llamando a otro.

–Este es Vespertino, el pastor de ovejas.

–*Benvenuto, benvenuto, Signore Conde, que felicitá, que felicitá* –exclamó el anciano pastor, que lucía como debía hacerlo Homero en los tiempos que cantaba las guerras de Troya. ¡Hasta empuñaba un cayado hecho con una gruesa y nudosa rama de árbol!

–*Chiao*, Vespertino.

–*Grazie, grazie, Signore Conde. Il Signore Conde a ritornato a la sua terra, grazie Flufluns, tante grazie, calepza diei slthnasi Flufluns anodiz Carún...* –siguió el vejete, deshaciéndose en manifestaciones de gratitud. Lo que le resultó extraño fueron esas palabras finales, de las que retuvo, por el fervor con que las había pronunciado, las de Flufluns y Carún. Se preguntó a sí mismo, ¿serían epítetos honoríficos de uso entre estos montañeses? El lenguaje en el que se había expresado el aparentemente algo

deschavetado vejete le resultó todo un enigma.

–*Grazie, grazie, pastore* –dijo con cierta perplejidad.

–Vamos, Vespertino, que el Conde tiene mucho que hacer –le espetó Vípero al murmurante anciano mientras, tomándolo de un brazo, le conducía hasta un asiento y le hacía sentar allí, mientras el otro no dejaba de elevar su rostro y manos hacia el techo y de susurrar en esa lengua ininteligible.

–A ver, Vípero, quiénes son esos que están ahí al fondo.

–Vamos, *gamberri*. El *Signore Conde* no tiene todo el día para sociales –les increpó Vípero con gesto autoritario. Se pusieron frente a él cinco hombres que rondarían los cuarenta largos.

–¿Y ustedes, cómo se llaman y qué hacen? –les preguntó.

–Soy Lidio, el carpintero, *Signore Conde*.

–*Io, Póstumo, pastore*.

–Mi nombre es Lumbro, *Signore Conde*, y soy cazador.

–Ah... ¡qué interesante! No me van a decir ahora que también tengo cotos de caza –exclamó sorprendido.

–Oh, sí, *Signore Conde*. Hay buenas presas. Conejos, faisanes, algún que otro ciervo muy de vez en cuando,... Los lobos, a esos también los trampeo. Son muy indeseables, *Signore Conde*. Atacan al ganado y, si se descuida, al hombre. El invierno es crudo en la región, *Signore Conde*.

–Tendré cuidado cuando llegue el invierno, entonces. ¿Usas trampas?

–Sí, *Signore Conde*.

–Hmm, bueno. ¿Y ustedes dos? –dijo, dirigiendo su atención a los que parecían los más viejos del grupo.

–Mi compañero aquí es sordomudo, *Signore Conde*, sepa disculparle que no le conteste. Su nombre es Gaspar y me ayuda con los viñedos. ¡Su *moscato* es inigualable, *Signore Conde*!

–Ah,... es él quien hace ese exquisito tinto que tomé con el almuerzo. Bien, bien, ¿y tú cómo te llamas?

–Mi nombre es Salistre, *Signore Conde*.

–¿Salistre? ¿De qué origen es ese nombre tan peculiar? –no pudo dejar de preguntarle.

–De la región, *Signore Conde*. Mis antepasados tienen muchos años arraigados aquí. La familia siempre se ha dedicado a los vinos y a servir...

–Ya sé,... a la familia Scarlatti.

–Así es, *Signore Conde*. Su familia ha sido nuestra protectora desde los tiempos...

–Suficiente, Salistre, el *Signore Conde* no tiene tiempo para tus recuerdos familiares – intervino Vípero en forma cortante y, dulcificando la voz, se volvió hacia Julio diciendo – *Signore Conde*, las presentaciones ya están hechas, espero que acepte mis disculpas por la interrupción y, a fin de no demorarlo más, le invito a que nos marchemos. Valentina también tiene que volver a la cocina y ayudar a la señora Delia o no tendremos cena esta noche y no queremos eso, ¿no es cierto? – agregó mirando de soslayo al grupo de hombres.

–Tienes razón, Vípero. Hay algo que dejé pendiente. Vamos. *Signori*, a sido un placer conocerles y ya iré recordando sus caras y nombres con el tiempo. Por ahora, será hasta la vista –dijo Julio levantándose y haciéndole señas a Valentina para marcharse.

–*Piacere, Signore Conde Giulio* – contestaron al mismo tiempo los hombres.

Julio caminó un poco desconcertado por esa despedida orquestada y cruzó el umbral de la puerta. Valentina se paró a su lado y le tomó la mano izquierda, apretándola ligeramente con la suya. Julio la miró sin entender bien a qué se debía esa inusitada familiaridad, pero no le molestó en lo más mínimo. Por el contrario, los finos y suaves dedos de la niña le produjeron un ligero estremecimiento y apretó su manita. Ella le miró con sus ojos brillantes y profundos, esbozando una amplia sonrisa de dientes blancos como perlas y perfectos como los de un ángel.

Ambos miraron hacia el horizonte y echaron a andar hacia la casa.

30.

El camino de regreso fue menos locuaz. Julio estaba absorto en sus pensamientos acerca de las personas que acababa de conocer y Valentina parecía entretenida con el paisaje. De vez en cuando intercambiaban algún comentario banal, pero la niña pareció darse cuenta de que Julio estaba en otra parte y el tramo final del trayecto lo hicieron en silencio. En todo el trayecto no se habían soltado de las manos, pero cuando iban llegando a metros del caserón Valentina se deshizo de la de Julio y exclamando que estaba

retrasada y la señora Delia le iba a retar con toda seguridad, emprendió una ligera carrera hacia el edificio.

–¡Espera, Valentina, espera! ¡Voy contigo! – exclamó.

–¡Entonces apúrese, *Signore Conde*! –le gritó girando el rostro, que cubría un pícaro gesto.

–¡Hey, espérame, Valentina! ¡No conozco dónde está la cocina! –alcanzó a gritarle mientras la niña se perdía de su vista por el recodo de la mansión.

Cuando dio la vuelta a esa esquina, Valentina se había esfumado. Julio se detuvo desconcertado. Había varias puertas de gran porte en ese lado de la vivienda y algunas parecían no haberse abierto en un siglo. ¿Dónde se había metido Valentina? ¿En cuál de ellas? Alguna seguramente conduciría a las dependencias de servicio o a la cocina misma. El reino de la señora Delia. ¡Qué intriga esta mujer! Si todos los que Vípero le presentó era el personal completo de su finca, solamente faltaba que le presentaran a alguien,... a la señora Delia. Y acababa de perder la oportunidad de hacerlo en ese mismo momento. Ya hablaría con Valentina. Esa niña traviesa...

Volvió sobre sus pasos, subió la escalinata de mármol blanco, notando que parecía reluciente. Se quedó mirando la piedra. Sí, estaba completamente limpia, no cómo cuándo arribó por primera vez. Se quedó reflexionando. ¿Ángela hacía toda esta limpieza? Porque en ese momento también se dio cuenta de que la casa brillaba por su pulcritud. Al menos todo lo que había visto desde su recuperación lucía como si un ejército de sirvientas hubiera acometido contra el polvo y la suciedad. Excepto el parque y ciertos detalles del exterior de la casona, como la falta de lumbres en las grandes lámparas de la galería. “Mañana preguntaré qué clase de iluminación puede ponerse ahí. Es increíble cómo oscurece tanto en este lugar” –se dijo.

Abrió la enorme puerta de su casa y al entrar comprobó lo que pensaba. La sala de recepción estaba reluciente. Ni una mota de polvo podía distinguirse en los muebles. Los muebles,... recién ahora reparaba en las valiosas maderas en que estaban tallados, seguramente a mano por maestros de la ebanistería, porque los diseños eran completamente originales. Una parte del mobiliario que adornaba ese recinto y el gran salón que le continuaba presentaba intrincadas

filigranas y figuras heráldicas representando entidades sin duda mitológicas, aunque no pudo relacionarlas con ninguna de las religiones que conocía. No era un tema en el que estuviera muy familiarizado e imaginó que serían dioses o seres sobrenaturales de la antigua religión romana o incluso etrusca, aunque muchas no parecían representar nada que pudiera haber surgido de la imaginación humana.

Subió por la amplia escalera de madera rojiza al tiempo que admiraba las tallas de sus columnitas. En verdad que todo el trabajo de esos artesanos era extraordinario y cargado de una cuota desbordante de imaginación. Aunque cada tanto sentía un ligero escalofrío mientras las miraba.

No quiso levantar la vista hacia el techo. Ya había tenido una experiencia inquietante que todavía recordaba demasiado bien. Y las tallas de la escalera parecían no estar exentas de esa influencia, como venía notando a medida que subía. Quitó su vista de ellas y la fijó en los escalones hasta que alcanzó el rellano de la escalera.

Con paso firme se dirigió a la biblioteca. Entró y fue a donde se encontraba colgando la cinta del llamador y dio dos tirones. Después se sentó ante el escritorio y contempló la papelería allí desparramada, tomando de nuevo el manuscrito del conde Bruno. Deseaba imperiosamente saber qué más había sucedido en este lugar en 1899:

Algo extraordinario ha ocurrido en la madrugada. Luego de terminar de escribir los párrafos anteriores, me cambié y metí en la cama. Quería dormir bien y despertar al despuntar el alba. Realmente, me sentía muy cansado – seguro que la emoción, amén de los esfuerzos de hoy, me habían fatigado in extremis – como para buscar lo que quería en Tito Livio, pero retiré el tomo I de la biblioteca y lo puse sobre la mesa de luz,... “Mañana tendré ocasión de hacerlo”, me dije. Serían algo más de la una creo, cuando empecé a revolcarme inquieto entre las sábanas; es posible que el hecho de que se hayan enredado alrededor de mi cuerpo como sierpes constrictoras me llevara a reaccionar y a despertar empapado en sudor y agitado como si hubiera estado corriendo una maratón sin ton ni son por los campos. ¡Cual no sería mi sorpresa al ver mi ropa sucia con aquel polvillo ceniciento del túmulo! Me

sacudí como un hombre que se estuviera ahogando en medio del mar y viera que todos sus esfuerzos por respirar son inútiles. Sí, he de confesar en este diario, aunque más no sea a mí mismo, que estaba de-ses-pe-ra-do y presa del terror pánico.

Me quité de encima las sábanas a los manotazos, gimiendo como si estuvieran vivas. Un raptó de insanía de mi parte, reflexioné luego que me encontré bien despabilado.

Pero no. Hete aquí que mis botas también estaban en las mismas condiciones,... y mis manos; porque estas estaban como embadurnadas por esa ceniza malsana, como si hubiera estado pasándolas por toda la superficie de esa tumba que ahora se me hace un lugar siniestro. Me apresuré a ir al baño, cuidando de que no me viera u oyera nadie y me lavé cuidadosamente toda esa costra que, al contacto con el agua, se desprendió como la corteza vieja de un árbol centenario. Algo horrible. Por fortuna, mi piel no pareció sufrir daño alguno, aunque adquirió un tinte pálido en las partes que habían estado cubiertas por la asquerosa ceniza.

Me quité el pijama y el salto de cama, que también estaban sucios, y los hice un ovillo que guardé en mi cajonera. Al día siguiente me deshice de ellos en un lugar bien apartado del bosque: les prendí fuego y, al arder en las llamas, arrojaron un humo renegrido y de una densidad viscosa que tardó en disiparse. Por fortuna, parece que nadie lo notó.

Julio se quedó sorprendido por esta parte del relato; los acontecimientos descriptos eran realmente intrigantes y preocupantes. También se dio cuenta de que nuevamente el conde había abandonado su escritura para retomarla luego, por lo que siguió leyendo con gran ansiedad:

Son las cuatro de la madrugada. Tardé en dormirme de nuevo. Mejor no lo hubiera hecho. Si ya me encontraba en un estado de desazón inaudita, ahora estoy atenazado por una mezcla de inquietud y temor.

Sí, tengo miedo de lo que vamos a encontrar detrás de la puerta sellada. Porque he tenido un sueño tan real como el de la noche pasada pero peor, mucho peor. Porque ahora presiento, sin necesidad de rememorar la narración de Tito Livio, lo que se oculta detrás de

ella.

Aunque tan sólo fuera un sueño es espantoso. Pero, ¿cómo explicárselo a los demás? No me creerían. Dirían que me volví loco. Mejor transcribo ahora lo que ¿soñé?, a fin de que quede un testimonio de que no es ese el caso, de que lo que ¿soñé? se hará realidad ni bien abramos las hojas de bronce de esa ominosa puerta.

Me vi otra vez de pie con los brazos abiertos y sosteniendo las joyas que encontramos, sólo que ahora recitaba algo en un murmullo quedo y con los ojos cerrados. En algún momento los abrí de golpe y exclamé en voz alta una riada de palabras que, por una extraña razón, no puedo transcribir ahora aquí. Cierro los ojos en este momento y me veo pronunciarlas, pero no puedo traerlas a mi conciencia de vigilia; hay un velo en mi mente que me impide tan siquiera extraer algún sonido inteligible de ese galimatías.

Sea como fuere, al instante de pronunciar la última sílaba de mi recitado se produjo un profundo ruido más allá de la puerta que tenía frente a mí porque, contrariamente a la anterior ocasión, esta vez estaba dentro del túmulo y ante la puerta sellada por los cuatro robustos clavijones.

Ante mi imposible mirada estos comenzaron a... ¡destornillarse por sí mismos! para, al momento siguiente, caer pesadamente al suelo acompañados de un sordo retumbar y una nube de ceniza gris que esta vez sí se elevaba hasta formar una neblina que comenzó a esparcirse por el corredor. Pero no retrocedí; por el contrario, ¡esbocé una sonrisa muy inusual en mí! Era una sonrisa cruel, sardónica, impropia de mi naturaleza. ¡Yo no era yo! ¡Oh, Dios me libre y guarde, ese rostro no puede ser el mío bajo ninguna circunstancia!

Delante de mis propios ojos la puerta comenzó a abrirse lentamente con un crujido que revelaba su tapiado milenario y una extraña luz entre rosada y violeta se proyectó titilante hacia adelante.

De a poco fui distinguiendo el origen de ese brillo que cobraba el tinte y la textura de algo fungoso. ¡Eso es! Eran los colores propios de los hongos. Cuando pude ver lo que había abierto la puerta me expresé de nuevo en ese lenguaje extraño y lo que llamaré “la bestia” me respondió de igual manera.

Esta “bestia” era un ¿ser? indefinible, una

mezcla de materias blandas y sólidas parecidas a cosas petrificadas en formas insólitas, que tenía unos miembros flexibles y extensibles terminados en unas suertes de manos con garras o lo que fuera que fuesen esas extremidades que revoleaba en el aire con soltura y que, a fantástica velocidad, se expandían y contraían como los tentáculos de los pulpos. Su cabeza, sin embargo, se asemejaba a la de un ave de rapiña; al menos, tenía una suerte de pico. Y también parecía tener ojos, o por lo menos uno solo que carecía de todo órgano visual: era una cuenca negra y de silueta ósea. Un monstruo que luego de ¿despertar? reconocí como un “Tuchulcha”, uno de los demonios de la Muerte de los antiguos etruscos.

A partir de esa suerte de recibimiento es poco y nada lo que puedo recordar. Algo que me ha quedado indeleblemente grabado en mi memoria es que crucé el umbral de la puerta y... Bueno, podría decir para resumir que el Tuchulcha me mostró su mundo, el mundo que se encuentra más allá de la puerta. No alcanzo a formar ninguna imagen concreta de lo que vi allí pues la silueta amorfa del Tuchulcha ocupa toda mi mente cada vez que quiero pensar en ello. Es como si se interpusiera entre el conocimiento de lo visto en mi paseo con él y mis intentos por recordarlo. Pero la sensación que despertó en mí todo el episodio es una que trato de evitar. Siento que era completamente insano, inhumano; diría que hasta perverso,... maligno.

Sí, puedo decir con total franqueza que aún estoy temblando, que mis manos tiemblan espasmódicamente bajo el recuerdo de esta extraña y pavorosa vivencia que, también lo digo francamente, estoy seguro que no ha sido un sueño. O, si lo era, fue una pesadilla.

A las seis vendrá María a llamarme para el desayuno y luego tendré que volver con mis colegas para retomar nuestra labor en el Túmulo Grande “A”. Desearía quedarme dormido y no acompañarlos y quedarme a salvo en la seguridad de mi casa junto con el Dr. Baumstumpfen. ¿Sabrá algo de esto y por eso se excusó de ingresar de nuevo en la tumba? No lo creo, pero por algo fue terminante en su determinación. Yo no puedo echarme atrás, soy el anfitrión y, en última instancia, el propietario de estas tierras y su contenido. El dueño de los túmulos, vaya una situación más desagradable.

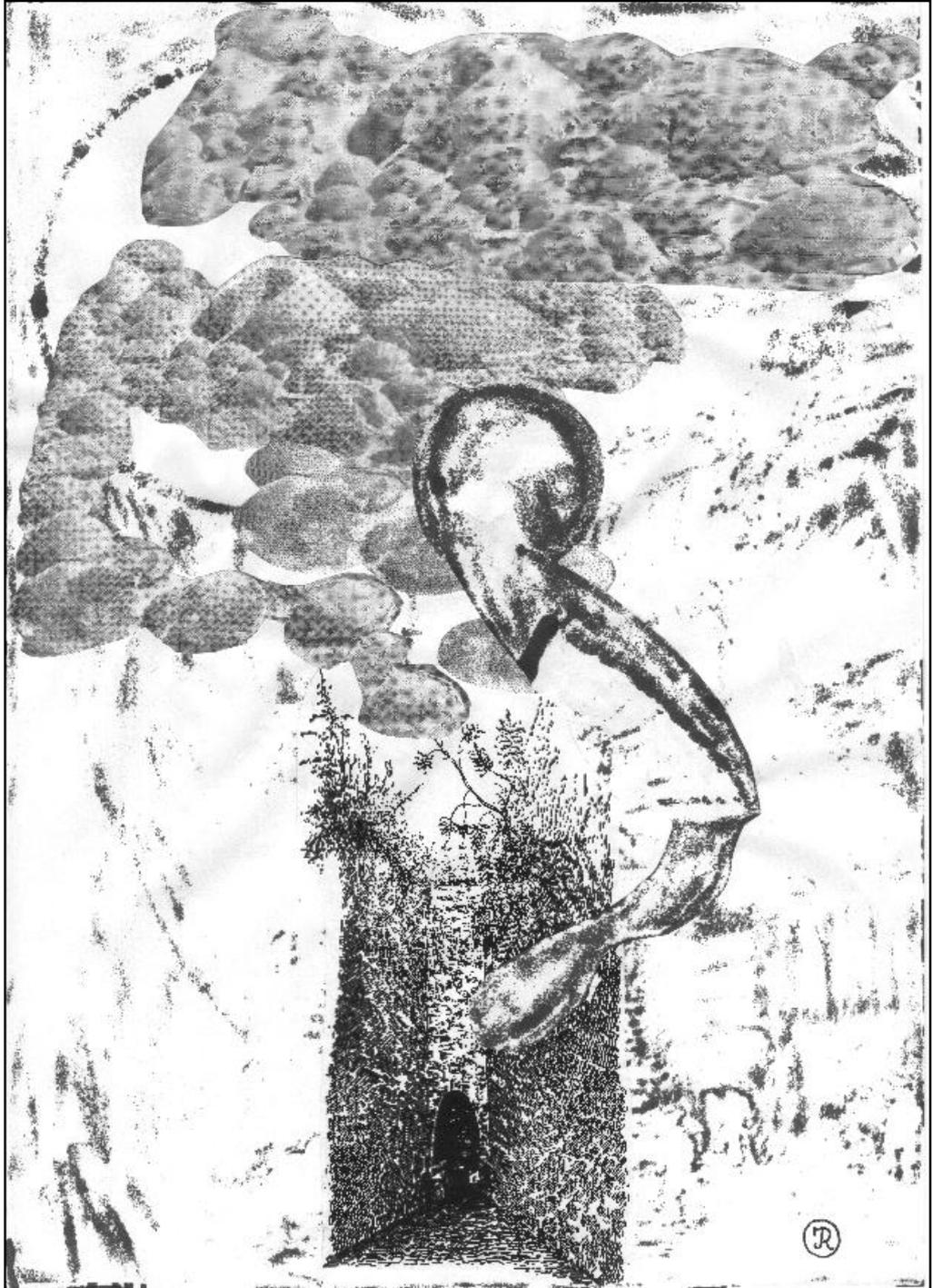
Voy a tratar de dormir este par de horas. Dios

nos proteja a todos si estoy en lo cierto.

parecían balbuceos de un demente. “Bueno, el

En este punto terminaba el racconto. ¡Cuán misterioso era! Así que el conde también había tenido sueños perturbadores y, por lo visto, hasta verdaderas pesadillas. Y, ¿qué sería un “Tuchulcha”?

¿Cómo se vería un “demonio de la Muerte” etrusco? Seguro que el conde tendría abundante bibliografía sobre los etruscos y su historia que incluiría algo sobre la religión de este pueblo. Ahora se veía obligado a una nueva búsqueda de material informativo. Podía igualmente indagar sobre esos nombres enrevesados que había pronunciado el pastor, Fluflluns y Charún. Ahora le parecía que, en realidad, eran nombres propios y no títulos honoríficos o respetuosos de la zona, una idea verdaderamente estrambótica.



No sabía bien el por qué pero tenía un cada vez más firme presentimiento de que eran tales; denominaciones de seres sobrenaturales, ¿otros demonios de la muerte de los etruscos? En ese caso, las expresiones del pastor agradeciéndoles el retorno del conde a sus tierras

viejo ese tenía toda la pinta de ser un trastornado”, concluyó con más dudas que certezas.

En ese momento, oyó que golpeaban a la puerta y recordó que había llamado a Ángela.

–Pase, Ángela, pase.

–¿Me llamó usted, *Signore Conde*?

–En efecto. Me gustaría conocer a la señora Delia, Ángela.

–¿Ahora mismo? Está preparando la comida de los peones, *Signore Conde*. Pero si usted insiste...

–Oh,... no, no. Déjalo, Ángela, puede esperar, puede ser mañana. Pero no pasará del mediodía.

–Sí, *Signore Conde*. Sería más oportuno.

–Otra cosa, Ángela. Me gustaría ver al doctor Duval.

–¿Se siente usted mal de nuevo, *Signore Conde* –dijo con semblante preocupado.

–No, no, para nada, es que quiero hablar con él. Nada más. ¿Puede alguien de aquí hacérselo saber? No sé dónde vive –respondió arqueando las cejas.

–Por supuesto, *Signore Conde*. Vípero puede darle el recado. El doctor Duval vive en sus tierras, un par de kilómetros al norte, cerca de la fuente del arroyo que conoció hoy cuando fue a reunirse con la gente, *Signore Conde* –contesto sencillamente.

–¡Ah! Otro *protegée* de la familia Scarlattí desde,... –exclamó.

–¿Otro *qué*? –la cara de la muchacha se torció en un gesto interrogativo.

–Otro protegido de los amos, digo.

–Ah,... sí, entiendo –manifestó moviendo su cabeza afirmativamente.

–Bueno, entonces dile a Vípero que le diga al doctor que le invito a almorzar mañana al mediodía. Antes visitaré la cocina y conoceré a la señora Delia. Quiero ver qué menú podemos ofrecerle a mi sanador –continuó.

–Así se hará, *Signore Conde*. ¿Algo más? –replicó la joven.

–No. ¡No! Digo, sí. Me voy a quedar en la biblioteca un buen rato. Tengo mucho que hacer, así que quiero que me manden la comida aquí. ¿Hay café en esta casa?

–¿Café? No lo creo, *Signore Conde*. Pero la señora Delia prepara un té delicioso. ¿Le apetecería eso?

–Ufa. Quiero que se compré café. Si es necesario que alguien vaya hasta Montepulciano y traiga unos cuantos kilos,... los suficientes como para que me dure un mes, por lo menos. Digamos, dos kilos. Total, soy el único aquí que parece va a tomarlo. Que se vayan en mi auto si es que no hay aquí ningún vehículo, Ángela. No voy a privarme de mis gustos. ¡Ah! Y que me traigan gaseosas de

cola, muchas, cajones. No tomo una desde que llegué aquí. Intolerable –dijo contrariado.

–Así se hará, *Signore Conde*. Se lo diré a Vípero, él sabrá qué hacer para conseguir lo que desea. ¿Hay que traer algo más, *Signore Conde*?

–Sí, cartones de cigarrillos. Que sean diez cartones de Marlboro. Se me están acabando y no puedo estar sin ellos.

–Es un vicio feo y sucio. Ops,... disculpe mis palabras, *Signore Conde*... Es que odio todo lo que mata a la gente.

–Está bien, pero es mi asunto y no admito discusión.

–Sí, *Signore Conde*.

–Bueno, está bien. Haz lo que te mando y luego tráeme una taza de ese té de la señora Delia, vamos –dijo concluyente.

–De inmediato, *Signore Conde*.

–Dile a Vípero que quiero todo lo que pedí para mañana a primera hora a más tardar.

–Sí, *Signore Conde*.

–Bien, ve.

Julio la vio partir a cumplir prestamente sus órdenes. “Así que ésta es la manera en que debo comportarme. Como el *Signore Conde*”, pensó. Se volvió a sentar, esta vez en un sillón de cuero marrón oscuro que estaba junto a una de las tres ventanas de la biblioteca. Dos estaban sobre la pared que daba al norte y la tercera en la oeste. El sillón estaba arrimado a la segunda ventana del norte. Vio el espectacular paisaje de los bosques y las colinas protuberantes como las jorobas de un camello. Un cielo oscurecido anunciaba en la lejanía la proximidad de una de esas tardías tormentas del invierno que ya se ha retirado. Unos ligeros relámpagos le confirmaron que se acercaba una lluvia. Y parecía que sería fuerte. La negritud del fondo celestial así lo manifestaba.

“Quizás sea una tormenta breve y copiosa”, se dijo en silencio. Se quedó contemplando el horizonte amenazante, recordando el cielo de Buenos Aires.

(continuará en el siguiente número)



QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.dreamers.com>

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2002 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno